# Emily Brontë

## Cumbres Borrascosas

Condensado

**&**

## Poemas de Emily Brontë

Traducida al español, adaptada
y modernizada en el leguaje de
Gordon McAllister

Título: EMILY BRONTË

Subtitulo: Cumbres Borrascosas
& Poemas de Emily Brontë

Autor: Emily Brontë

Traducción
y adaptación: Gordon McAllister

Editor: Mundo del libro Ediciones.
Edición: 2025
Titulo Original Wuthering Heights
De Emily Brontë

Todos los derechos reservados
Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

All Rights Reserved
It is a crime the total or partial reproduction of this book, his computer treatment, nor the transmission of any form or for any way, already be electronic, mechanical, neither for photocopy, for record or other methods, his lending, rent or any other form of transfer of use of the copy, without the previous permission and in writing of the holder of the Copyright. Only, they can play the same partial paragraphs with reference to the title and author.

# Índice


| | |
|---|---|
| PREFACIO | 7 |
| BIOGRAFÍA | 11 |
| CAPÍTULO I | 15 |
| CAPÍTULO II | 23 |
| CAPÍTULO III | 31 |
| CAPÍTULO IV | 35 |
| CAPÍTULO V | 43 |
| CAPITULO VI | 47 |
| CAPITULO VII | 51 |
| CAPITULO VIII | 55 |
| CAPÍTULO IX | 59 |
| CAPÍTULO X | 63 |
| CAPÍTULO XI | 67 |
| CAPÍTULO XII | 71 |
| CAPÍTULO XIII | 75 |

CAPITULO XIV 79

CAPÍTULO XV 83

CAPÍTULO XVII 87

CAPÍTULO XVIII 91

CAPÍTULO XIX 95

CAPÍTULO XX 99

CAPÍTULO XXI 103

CAPÍTULO XXII 105

CAPÍTULO XXIII 109

CAPÍTULO XXIV 113

CAPÍTULO XXV 117

CAPÍTULO XXVI 121

CAPÍTULO XXVII 125

CAPÍTULO XXVIII 127

EPÍLOGO 131

# Prefacio

Hay novelas que se leen. Otras, en cambio, se atraviesan.

*Cumbres Borrascosas* pertenece a esta segunda categoría: no se ofrece como relato cómodo ni como historia destinada a la complacencia del lector. Desde su publicación en 1847, la novela de Emily Brontë ha sido, más que un libro, una experiencia: áspera, intensa, incómoda, profundamente humana. Una obra que no pide ser comprendida con facilidad, sino aceptada en su brutal honestidad.

Esta versión en español moderno nace de una convicción clara: *Cumbres Borrascosas no es una novela antigua*. Es una novela atemporal, y como tal exige un lenguaje capaz de dialogar con el lector contemporáneo sin traicionar su espíritu original.

He evitado deliberadamente una traducción literal, mecánica o arqueológica. No porque desprecie la fidelidad al texto, sino porque creo —con firmeza— que la fidelidad más profunda no está en las palabras, sino en la experiencia que producen. El inglés del siglo XIX de Emily Brontë no puede trasladarse al español actual sin mediación. Hacerlo sería condenar la obra a una vitrina filológica, cuando su verdadera naturaleza es la del fuego.

Este libro no trata de amores románticos ni de pasiones exaltadas en el sentido convencional. Trata de algo más inquietante: la identidad, la pertenencia, la herida, la imposibilidad de reconciliar lo que somos con lo que el mundo nos permite ser. Heathcliff no es un villano, como tampoco es un héroe. Es una conciencia fracturada que jamás encuentra un lugar donde existir sin violencia. Catherine no es una mujer caprichosa ni una víctima pasiva: es el campo de batalla entre el instinto y la forma social, entre la libertad absoluta y el precio de vivir.

En ese sentido, *Cumbres Borrascosas* no propone moralejas. Propone consecuencias.

He optado por una prosa en español clara, sobria y contenida, que huye del exceso ornamental y del sentimentalismo. El lenguaje busca mostrar antes que explicar, dejar que el lector viva la escena en lugar de recibirla interpretada. El silencio, en esta versión, es tan importante como la palabra. A veces más.

La estructura narrativa —con sus capas de relato, sus voces que se relevan y su temporalidad fragmentada— ha sido respetada en esencia, pero trabajada con cuidado para que fluya con naturalidad en español. El objetivo ha sido siempre el mismo: que el lector no sienta que está leyendo una "traducción", sino una novela viva, escrita para él, aquí y ahora.

Heathcliff no envejece porque no pertenece a una época. Representa esa zona oscura del ser humano que no se integra, que no se resuelve, que no perdona. Y Catherine representa aquello que sucede cuando una identidad profunda es forzada a adaptarse: el cuerpo enferma, la mente se divide, el destino se quiebra.

La segunda generación —Catherine Linton y Hareton— no está ahí para repetir la tragedia, sino para mostrar algo distinto: que la historia puede transformarse, aunque nunca borrarse. No hay redención completa en esta novela, pero sí hay agotamiento del odio, que es lo más cercano a la paz que este mundo permite.

Si esta versión logra algo, espero que sea esto: que el lector sienta *Cumbres Borrascosas* sin intermediarios, sin la distancia del museo literario, sin la obligación de admirar un clásico por respeto. Que la lea como lo que es: una novela radical, incómoda, hermosa en su crudeza, escrita por una mujer que entendió, con lucidez feroz, que el amor absoluto y la destrucción no siempre son opuestos.

Esta traducción y versión literaria no pretende reemplazar al original. Pretende dialogar con él, desde otro tiempo, desde otra lengua, desde otra sensibilidad, pero con la misma lealtad al conflicto humano que Emily Brontë supo nombrar como pocos.

Que el lector entre sin expectativas cómodas. Que salga distinto.

Eso es todo lo que una gran novela puede pedir.

Gordon McAllister

Traducción y versión literaria en español moderno

# Emily Brontë
(1818–1848)

Emily Jane Brontë nació el 30 de julio de 1818 en Thornton, Yorkshire, Inglaterra, y murió el 19 de diciembre de 1848 en Haworth, con apenas treinta años. Su vida fue breve, silenciosa y exteriormente modesta; su obra, en cambio, se ha convertido en una de las expresiones más radicales y perdurables de la literatura universal.

Hija de Patrick Brontë, pastor anglicano de origen irlandés, y de María Branwell, Emily creció en un entorno marcado por la pérdida temprana, el aislamiento geográfico y una intensa vida interior. Su madre murió cuando ella tenía apenas tres años, y dos de sus hermanas mayores fallecieron poco después, tras una experiencia traumática en una escuela para hijas de clérigos. La muerte, lejos de ser una abstracción literaria, fue una presencia cotidiana desde la infancia.

La familia Brontë se estableció definitivamente en Haworth, un pequeño pueblo rodeado de páramos agrestes. Aquel paisaje —vasto, indómito, hostil y a la vez profundamente libre— no fue solo un escenario, sino una matriz espiritual.

Emily desarrolló con ese entorno una relación casi orgánica: caminaba sola durante horas, en cualquier estación, bajo la lluvia o el viento, como si el páramo fuera una extensión natural de su pensamiento.

A diferencia de sus hermanas Charlotte y Anne, Emily fue siempre la más reservada, la menos inclinada a la vida social, la más reacia a abandonar Haworth. Rechazaba las convenciones sociales, desconfiaba de los círculos literarios y sentía una profunda incomodidad ante cualquier forma de exhibición personal. No buscó reconocimiento. No cultivó relaciones literarias. Escribía porque no podía no hacerlo.

Durante su juventud, Emily y sus hermanos desarrollaron mundos imaginarios complejos —como Gondal— que funcionaron como laboratorios narrativos y poéticos. En esos universos ya se perciben los temas que marcarían su obra madura: la violencia de las pasiones, la lucha por la identidad, la tensión entre libertad y sometimiento, y una concepción casi metafísica del amor y la naturaleza.

En 1846, Emily publicó junto a Charlotte y Anne un volumen de poemas bajo seudónimos masculinos: Ellis, Currer y Acton Bell. La recepción fue mínima. Al año siguiente apareció Cumbres Borrascosas, firmada por Ellis Bell. La novela desconcertó de inmediato a la crítica victoriana: fue

calificada de brutal, inmoral, salvaje e incluso enfermiza. No se parecía a nada conocido.

Emily no intentó defenderse. No escribió cartas explicativas. No corrigió malentendidos. El silencio fue su única respuesta.

*Cumbres Borrascosas* es su única novela, pero basta para situarla en un lugar singular de la historia literaria. No es una novela moralizante, ni romántica en el sentido convencional, ni realista en el sentido social. Es una obra existencial antes de que existiera el existencialismo, una exploración descarnada de la identidad, la pertenencia y la imposibilidad de reconciliar el yo profundo con el orden impuesto.

Heathcliff, su personaje más célebre, no es un héroe ni un villano, sino una fuerza, una conciencia desgarrada que no encuentra lugar en el mundo. Catherine Earnshaw no es una figura sentimental, sino el campo de batalla entre la libertad esencial y la domesticación social. La novela no ofrece redención; ofrece consecuencias. Y en ello reside su modernidad.

Emily Brontë murió de tuberculosis pocos meses después de la publicación de su novela. Rechazó atención médica hasta que fue demasiado tarde. Murió de pie, literalmente, negándose a guardar cama. Ese gesto final ha sido interpretado no como romanticismo, sino como coherencia extrema: vivió y murió sin concesiones.

Durante décadas, su figura fue interpretada a través de lecturas ajenas: la crítica intentó domesticar su obra, moralizarla, psicologizarla o explicarla como anomalía. Solo con el paso del tiempo se comprendió que Emily Brontë no era una escritora excéntrica, sino una voz adelantada, una autora que escribió desde un lugar donde la literatura aún no había aprendido a mirar.

Hoy, Emily Brontë es reconocida no solo como una gran novelista, sino como una figura fundacional de la literatura moderna. Su obra ha influido en escritores, poetas y pensadores de muy distintas tradiciones, precisamente porque no se deja reducir a una escuela ni a una época.

Emily Brontë no buscó ser comprendida. Escribió desde la verdad de su experiencia interior.

Y esa verdad —áspera, libre, indómita— sigue hablando con una claridad inquietante a los lectores de todos los tiempos.

# CUMBRES BORRASCOSAS

## Capítulo I

Año 1801

Acabo de regresar de una visita a mi casero, el solitario vecino con el que, según parece, habré de convivir. Sin duda, este es un país hermoso. En toda Inglaterra no creo que pudiera haber elegido un lugar más apartado del bullicio social. Un verdadero paraíso para misántropos. Y el señor Heathcliff y yo parecemos una pareja hecha a la medida para repartirnos esta desolación.

Un tipo singular. Jamás imaginó cuánto se me templó el ánimo hacia él cuando observé la forma en que escondía sus ojos oscuros bajo cejas desconfiadas al verme llegar, ni cómo hundía aún más los dedos en el chaleco, con una resolución celosa, mientras yo anunciaba mi nombre.

—¿El señor Heathcliff? —pregunté.

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Soy el señor Lockwood, su nuevo inquilino —continué—. He querido presentarme lo antes posible tras mi llegada para expresarle mi deseo de no haberlo incomodado con mi insistencia en ocupar la Granja de los Tordos. Ayer me dijeron que usted había tenido ciertas dudas…

—La Granja de los Tordos es mía, señor —interrumpió con un gesto de fastidio—. No permitiría que nadie me incomode si puedo evitarlo. Pase.

Ese "pase" fue pronunciado entre dientes y sonó más bien como una invitación al demonio. Incluso la verja sobre la que se apoyaba pareció negarse a acompañar el gesto con el menor atisbo de cortesía. Y, sin embargo, esa misma frialdad terminó por decidirme a aceptar la invitación: sentí curiosidad por un hombre que parecía aún más exageradamente reservado que yo mismo.

Cuando mi caballo empujó con firmeza la barrera, él retiró la mano para desengancharla y me precedió, hosco, por el camino empedrado, llamando al entrar en el patio:

—¡Joseph! Llévese el caballo del señor Lockwood… y traiga vino.

"Este debe de ser todo el personal de servicio", pensé. "No es extraño que la hierba crezca entre las losas y que el ganado sea el único jardinero del lugar".

Joseph era un hombre anciano —muy anciano, quizá—, aunque aún robusto y fibroso. Mientras me quitaba el caballo murmuró entre dientes, con visible desagrado:

—¡Que el Señor nos ampare!

Me miró con tal aspereza que supuse, por caridad, que necesitaba ayuda divina para digerir su cena, y que aquella piadosa exclamación nada tenía que ver con mi inesperada visita.

*Cumbres Borrascosas* es el nombre de la morada del señor Heathcliff. "Borrascosas" es un adjetivo local que describe con precisión el tumulto atmosférico al que está expuesta la casa durante los temporales. Allí arriba deben de disfrutar, en todo momento, de una ventilación pura y cortante. Basta observar la inclinación extrema de algunos abetos raquíticos al final del edificio y la fila de espinos retorcidos, todos inclinados en la misma dirección, como mendigos implorando al sol, para imaginar la furia del viento del norte.

Por fortuna, el arquitecto fue previsor y la construyó sólida: las ventanas estrechas están profundamente encajadas en los muros, y las esquinas reforzadas con grandes piedras salientes. Antes de cruzar el umbral, me detuve a admirar la abundancia de tallas grotescas esculpidas en la fachada, sobre todo alrededor de la puerta principal, encima de la cual, entre un enjambre de grifos desmoronados y niños descarados, distinguí la fecha "1500" y el nombre "Hareton Earnshaw".

Habría hecho algún comentario y pedido una breve historia del lugar al hosco propietario, pero su actitud en la puerta parecía exigir una entrada

inmediata o una retirada definitiva. No quise poner a prueba su paciencia antes de inspeccionar el interior.

Un solo paso nos condujo directamente a la sala común, sin vestíbulo ni pasillo previo. Allí la llaman, de manera casi solemne, "la casa". Incluye cocina y sala a la vez, aunque en Cumbres Borrascosas la cocina parece relegada a otro sector: escuché voces y el estrépito de utensilios en lo profundo, pero no vi señales de asados, hervores o cocciones alrededor del enorme hogar. Tampoco había relucientes ollas de cobre ni coladores de estaño colgados en las paredes.

Un extremo de la estancia, eso sí, reflejaba con esplendor luz y calor gracias a filas de inmensos platos de peltre, intercalados con jarras y jarrones de plata, apilados hasta el techo en un colosal aparador de roble. El mueble nunca había sido cubierto: su estructura quedaba al desnudo, salvo donde un armazón cargado de tortas de avena y racimos de piernas de res, carnero y jamón lo ocultaban parcialmente. Sobre la chimenea descansaban varias armas antiguas de aspecto siniestro, un par de pistolas de montar y, como adorno, tres latas pintadas de colores chillones.

El suelo era de piedra blanca y lisa. Las sillas, de respaldo alto, tenían un aire primitivo y estaban pintadas de verde; en la penumbra se escondían una o dos más pesadas, de madera negra. Bajo el

aparador, en un arco, dormía una enorme perra pointer de color hígado, rodeada por una camada de cachorros chillones, mientras otros perros ocupaban distintos rincones.

Nada de aquello habría resultado extraordinario en la casa de un campesino norteño, de gesto severo y piernas vigorosas, con jarra de cerveza espumosa sobre la mesa tras la cena. Pero el señor Heathcliff era un contraste singular con su entorno. De piel oscura, aspecto casi gitano, tanto en el porte como en la vestimenta y los modales, era, sin embargo, un caballero… tan caballero como muchos terratenientes rurales. Descuidado, quizá, pero sin parecer desaliñado, gracias a su figura erguida y atractiva. Taciturno. Algunos podrían sospechar en él un orgullo mal educado; yo, en cambio, sentía —por instinto— que su reserva nacía del rechazo a cualquier exhibición de sentimientos, a toda manifestación abierta de cordialidad. Ama y odia bajo el mismo silencio, y considera una impertinencia tanto ser amado como ser odiado.

Tal vez me adelanto. Quizá proyecto en él mis propios rasgos con excesiva generosidad. Puede que sus razones para mantener las manos fuera del alcance de un posible conocido sean muy distintas de las mías. Ojalá mi carácter sea, como decía mi madre, casi peculiar: solía afirmar que jamás tendría un hogar

confortable. Y el verano pasado confirmé lo acertado de su juicio.

Durante una estancia en la costa, fui arrojado a la compañía de una criatura fascinante, una auténtica diosa a mis ojos… mientras no reparaba en mí. Nunca le declaré mi amor con palabras; pero si las miradas tienen lenguaje, hasta el más necio habría adivinado que estaba perdidamente enamorado. Al final, ella lo comprendió y me devolvió la mirada más dulce imaginable. ¿Y qué hice yo? Lo confieso con vergüenza: me replegué en mí mismo, helado como un caracol. A cada gesto suyo me volví más frío y distante, hasta que la pobre inocente dudó de sus sentidos y, confusa, convenció a su madre de marcharse.

Por esa extraña disposición me he ganado fama de frialdad deliberada. Inmerecida, aunque solo yo pueda afirmarlo.

Tomé asiento junto al hogar, frente al lugar que ocupaba mi casero, y rompí el silencio intentando acariciar a la perra, que había abandonado a sus cachorros y se acercaba sigilosa a mis piernas, con el labio curvado y los dientes blancos reluciendo de amenaza. Mi gesto provocó un gruñido profundo y gutural.

—Será mejor que deje al animal en paz —gruñó Heathcliff, conteniendo con una patada

reacciones más feroces—. No está acostumbrada a mimos. No es una mascota.

Luego, avanzó hacia una puerta lateral y volvió a gritar:

—¡Joseph!

# Capítulo II

La tarde de ayer se volvió fría y neblinosa. Estuve a punto de pasarla junto al fuego de mi estudio, en lugar de atravesar páramos y lodazales para llegar de nuevo a Cumbres Borrascosas. Sin embargo, después de cenar —nota al margen: ceno entre las doce y la una, costumbre que la ama de llaves, una mujer respetable incluida con la casa como parte del mobiliario, no logró comprender, o no quiso—, subí la escalera con la vaga intención de retirarme temprano.

Al entrar en mi habitación, me encontré con la criada arrodillada, rodeada de cepillos y cubos de carbón, levantando una nube infernal de polvo mientras sofocaba el fuego con cenizas. El espectáculo me hizo retroceder de inmediato. Tomé el sombrero y, tras una caminata de cuatro millas, llegué a la verja del jardín de Heathcliff justo a tiempo para escapar de los primeros copos livianos de una nevada.

En aquella cima desolada, la tierra estaba dura por la escarcha negra y el aire me atravesaba los miembros con un escalofrío seco. Incapaz de quitar la cadena, salté la verja y corrí por el sendero

empedrado flanqueado de arbustos de grosella, llamando en vano hasta que los nudillos me ardieron y los perros comenzaron a aullar.

—¡Miserables habitantes! —exclamé para mis adentros—. Merecen un aislamiento perpetuo por su hosca inhospitalidad. Al menos yo no cerraría mis puertas en pleno día… No importa. Entraré como sea.

Con esa resolución, agarré el picaporte y lo sacudí con fuerza. El rostro avinagrado de Joseph apareció en una ventana redonda del granero.

—¿Qué andas buscando? —gritó—. El amo está abajo, en el redil. Rodea el granero si quieres hablar con él.

—¿No hay nadie dentro que pueda abrir? —respondí a gritos.

—Solo la señora… y no abrirá, aunque armes un escándalo hasta la noche.

—¿Por qué? ¿No puedes decirle quién soy?

—Ni hablar —murmuró, y desapareció.

La nieve comenzó a caer con más fuerza. Volví a intentar abrir cuando un joven sin abrigo, con una horquilla al hombro, apareció en el patio trasero. Me hizo una seña para que lo siguiera y, tras atravesar un lavadero y un patio empedrado con cobertizo, bomba de agua y palomar, llegamos por fin a la amplia y cálida estancia donde me habían recibido la vez anterior.

Brillaba con el resplandor de un fuego inmenso, alimentado con carbón, turba y leña. Cerca de la mesa, preparada para una abundante cena, me sorprendió ver a la "señora", cuya existencia hasta entonces no había sospechado.

Me incliné con cortesía y esperé a que me ofreciera asiento. Ella me miró, reclinada en su silla, inmóvil y en silencio.

—Clima áspero —comenté—. Me temo, señora Heathcliff, que el suelo sufrirá las consecuencias de la falta de diligencia de su servicio. Me costó mucho que me oyeran.

No respondió. Yo la observé. Ella sostuvo la mirada con una frialdad indiferente que resultaba incómoda, casi ofensiva.

—Siéntese —dijo bruscamente el joven—. Él vendrá pronto.

Obedecí. Carraspeé y llamé a la perra Juno, que en esta segunda visita se dignó mover apenas la punta del rabo en señal de reconocimiento.

—Un animal magnífico —dije—. ¿Piensa desprenderse de las crías, señora?

—No son mías —respondió con una sequedad que superaba incluso la de Heathcliff.

—Ah, entonces sus favoritas están aquí —añadí, señalando un cojín oscuro que parecía lleno de gatos.

—Extraña elección de favoritos —replicó con desprecio.

Para mi desgracia, se trataba de un montón de conejos muertos. Volví a carraspear y me acerqué al fuego, repitiendo algún comentario trivial sobre lo salvaje de la noche.

—No debió haber salido —dijo, poniéndose de pie y alcanzando dos latas pintadas de la repisa de la chimenea.

Hasta entonces su figura había quedado a resguardo de la luz; ahora pude verla con claridad. Era esbelta, apenas salida de la adolescencia, de una belleza notable: rasgos delicados, tez muy clara, rizos dorados cayendo sueltos sobre el cuello fino. Sus ojos, de haber sido amables, habrían sido irresistibles; por fortuna para mi corazón susceptible, expresaban más bien una mezcla de desprecio y desesperación, algo inquietantemente impropio de alguien tan joven.

Las latas quedaban fuera de su alcance. Hice ademán de ayudarla. Se volvió hacia mí como un avaro al que intentan asistirle al contar su oro.

—No necesito su ayuda —dijo con aspereza—. Puedo hacerlo sola.

—Le ruego me disculpe —respondí de inmediato.

—¿Lo invitaron a tomar té? —preguntó, atándose un delantal sobre su vestido negro y

quedando con una cucharada de hojas suspendida sobre la tetera.

—Me agradaría una taza —contesté.

—¿Fue invitado? —repitió.

—No —dije, sonriendo apenas—. Supuse que usted era la persona indicada para invitarme.

Arrojó las hojas de té de vuelta a la lata, cuchara incluida, y volvió a sentarse, contrariada, con el ceño fruncido y el labio inferior adelantado como el de un niño a punto de llorar.

Mientras tanto, el joven se había puesto una chaqueta raída y, erguido frente al fuego, me observaba de reojo, como si existiera entre nosotros una enemistad mortal aún no saldada. Empecé a dudar de si era un sirviente o no: su vestimenta y su forma de hablar eran rudas, carentes de la autoridad que se percibía en el señor y la señora Heathcliff; tenía el cabello espeso y desordenado, las manos curtidas como las de un jornalero, pero su porte era libre, casi altivo, y no mostraba la diligencia propia de un criado.

La llegada de Heathcliff me libró, en parte, de aquella situación incómoda.

—Como ve, he venido según lo prometido —exclamé con tono animado—. Y temo que el clima me retenga aquí al menos media hora, si puede ofrecerme refugio.

—¿Media hora? —respondió, sacudiéndose los copos de nieve—. Me sorprende que haya elegido el centro de una tormenta para pasear. ¿Sabe que corre el riesgo de perderse en los pantanos? Incluso quienes conocen bien estos páramos extravían el camino en noches así. Y no parece que vaya a mejorar.

—Tal vez alguno de sus muchachos podría guiarme y quedarse en la Granja hasta la mañana. ¿Podría prescindir de uno?

—No.

—Entonces tendré que confiar en mi propio instinto.

—Ajá.

—¿Se va a preparar el té? —preguntó al joven, pasando la mirada de mí a la muchacha.

—¿Va a tomar él? —preguntó ella.

—Prepáralo —ordenó Heathcliff con una brusquedad que me sobresaltó.

Nos sentamos a la mesa en un silencio áspero. Pensé que, si yo había causado aquella nube de incomodidad, era mi deber disiparla.

—Es curioso —comencé— cómo la costumbre moldea nuestros gustos. Muchos no imaginarían la felicidad en una vida tan retirada del mundo como la suya, señor Heathcliff; y sin embargo, rodeado de su familia, con su amable esposa presidiendo el hogar…

—¿Mi amable esposa? —interrumpió con una mueca casi diabólica—. ¿Dónde está mi amable esposa?

—Me refiero a la señora Heathcliff —corregí—.

—Ah… quiere decir que su espíritu vela esta casa como un ángel guardián, aunque su cuerpo ya no esté. ¿Eso insinúa?

Comprendí de inmediato mi error. Era evidente la diferencia de edades para que fueran marido y mujer. De pronto se me ocurrió otra idea: el joven grosero que bebía té en un cuenco y comía con las manos debía de ser su esposo.

—La señora Heathcliff es mi nuera —aclaró Heathcliff.

El joven se irguió con furia.

—Mi nombre es Hareton Earnshaw —gruñó—. Y le aconsejo que lo respete.

Sentí con claridad que estaba fuera de lugar en aquel círculo familiar. La atmósfera espiritual anulaba cualquier comodidad material. Decidí que sería prudente no aventurarme una tercera vez bajo ese techo.

# Capítulo III

Mientras me guiaba escaleras arriba, la mujer —Zillah— me recomendó que ocultara la vela y no hiciera ruido alguno. Su amo, me explicó, tenía una idea extraña respecto a la habitación en la que iba a alojarme y nunca permitía que alguien durmiera allí de buen grado.

Le pregunté el motivo.

Dijo no saberlo. Llevaba apenas uno o dos años en la casa y, según ella, allí ocurrían tantas cosas extrañas que no valía la pena ser curiosa.

Yo estaba demasiado aturdido para sentir curiosidad. Cerré la puerta con llave y busqué la cama. El mobiliario era escaso: una silla, un armario y una gran estructura de roble, con unas aberturas cuadradas cerca de la parte superior, parecidas a ventanas de carruaje.

Me acerqué y miré dentro. Era una especie de lecho antiguo, ingeniosamente diseñado para evitar que cada miembro de la familia necesitara una habitación propia. En realidad, formaba un pequeño compartimento cerrado; el alféizar de una ventana servía a la vez de mesa. Deslicé los paneles laterales, entré con la vela, los volví a cerrar y me sentí a salvo de la vigilancia de Heathcliff y de cualquiera más.

Sobre el alféizar, donde coloqué la luz, había unos cuantos libros húmedos y mohosos apilados en un rincón. La pintura estaba cubierta de inscripciones grabadas con una mano ociosa: no eran más que un nombre repetido de mil formas, grandes y pequeñas.

*Catherine Earnshaw.*

Aquí y allá aparecía modificado: *Catherine Heathcliff*… luego *Catherine Linton.*

Apoyé la cabeza contra la ventana y, con una pereza somnolienta, continué deletreando aquel nombre —Earnshaw, Heathcliff, Linton— hasta que los ojos se me cerraron. No habían pasado cinco minutos cuando, de pronto, un resplandor de letras blancas surgió de la oscuridad, tan vívidas como espectros. El aire parecía lleno de Catherines. Al despertarme para disipar aquella obsesión, descubrí que la mecha de la vela reposaba sobre uno de los viejos volúmenes, perfumando el lugar con un desagradable olor a piel chamuscada.

Apagué la llama, inquieto, aún bajo el efecto del frío y de un malestar persistente. Me senté y abrí el libro dañado sobre las rodillas. Era una Biblia, impresa con letra fina y exhalando un hedor rancio. En la hoja inicial podía leerse una inscripción:

*"Catherine Earnshaw, su libro"*, con una fecha de hacía casi un cuarto de siglo.

Lo cerré y tomé otro, y otro más, hasta examinarlos todos. La biblioteca de Catherine era

selecta, y su estado de deterioro indicaba que había sido muy usada, aunque no siempre con fines devotos. Apenas había un capítulo que no estuviera cubierto de comentarios a tinta, ocupando cada espacio en blanco que el impresor había dejado libre.

Algunos eran frases sueltas; otros, fragmentos de un diario, escritos con letra infantil y torpe. En una hoja adicional —sin duda un tesoro cuando fue descubierta— encontré una caricatura notablemente lograda de mi viejo conocido Joseph, dibujada con rudeza, pero con fuerza.

Sentí una curiosidad inmediata por aquella Catherine desconocida y me puse a descifrar sus jeroglíficos desvaídos.

"Domingo terrible", comenzaba un párrafo. "Ojalá mi padre regresara. Hindley es un sustituto detestable. Su conducta con Heathcliff es atroz. H. y yo hemos decidido rebelarnos: esta noche dimos el primer paso."

"El día entero llovió sin tregua y no pudimos ir a la iglesia, así que Joseph decidió improvisar una congregación en el desván. Mientras Hindley y su esposa se calentaban abajo junto al fuego, haciendo cualquier cosa menos leer la Biblia, Heathcliff, el pobre muchacho del arado y yo fuimos obligados a subir con los libros de oraciones. Nos alinearon sobre un saco de grano, tiritando y gimiendo, esperando que Joseph también se enfriara para que

acortara el sermón por su propio bien. Ilusos. El servicio duró exactamente tres horas."

"Y aun así, mi hermano tuvo el descaro de exclamar al vernos bajar:

—¿Ya terminaron?"

"Los domingos por la noche solían dejarnos jugar si no hacíamos ruido. Ahora, una simple risa basta para enviarnos a un rincón."

"—Aquí hay un amo —dice el tirano—. A quien me saque de quicio lo demoleré. Exijo sobriedad y silencio absolutos."

"Frances le tiró del cabello a Heathcliff, como le ordenaron, y luego se sentó en las rodillas de su marido. Allí estuvieron, como dos niños, besándose y diciendo tonterías durante horas. Conversaciones de las que deberíamos avergonzarnos."

"Nos acomodamos como pudimos bajo el arco del aparador. Yo había atado nuestros delantales para hacer una cortina cuando entró Joseph, enviado desde los establos. Arrancó mi trabajo, me dio un bofetón y graznó que nuestro padre acababa de ser enterrado y que aún resonaba el sermón del Evangelio en nuestros oídos."

"La cosa terminó mal. Hindley nos arrojó a la cocina trasera y Joseph juró que el viejo Nick vendría por nosotros. Yo tomé este libro y un tintero y escribo desde hace veinte minutos, pero mi compañero se impacienta y propone tomar la capa de

la lechera y correr por los páramos. Buena idea: no estaremos más mojados ni más fríos que aquí."

El relato cambiaba de tono.

"Cuánto lloré hoy. Hindley no permitirá que Heathcliff se siente ni coma con nosotros. Dice que no debemos jugar juntos y amenaza con echarlo de la casa. Juro que reducirá a H. a su 'lugar correcto'."

Empecé a cabecear. Mis ojos vagaban del manuscrito a la letra impresa. Vi un título ornamentado en rojo:

*"Setenta veces siete, y la primera del septuagésimo primero.*
*Un piadoso discurso del reverendo Jabes Branderham."*

Mientras intentaba adivinar qué haría el tal Branderham con semejante tema, me dejé caer hacia atrás y me quedé dormido.

¡Ay de los efectos del mal té y del mal humor! No recuerdo otra noche tan terrible desde que tengo memoria para sufrir.

Soñé casi antes de perder conciencia del lugar. Creí que amanecía y que emprendía el camino de regreso acompañado por Joseph. La nieve cubría la senda a gran altura, y mientras avanzábamos él me reprochaba sin cesar no haber llevado un bastón de peregrino, asegurando que jamás podría entrar en casa sin uno, mientras blandía orgulloso un pesado garrote.

Luego comprendí que no regresábamos a casa. Íbamos a escuchar al célebre Jabes Branderham predicar sobre *"Setenta veces siete"*. Y uno de nosotros había cometido "la primera del septuagésimo primero" y sería públicamente expuesto y excomulgado.

Llegamos a la capilla. Estaba llena. Y el sermón… Dios mío. Cuatrocientas noventa partes, cada una dedicada a un pecado distinto. Pecados extraños, extravagantes, que jamás habría imaginado.

Me retorcía, bostezaba, me pellizcaba, me ponía de pie, me sentaba otra vez. Finalmente, al llegar al "septuagésimo primero", me levanté y denuncié al propio Branderham como el verdadero pecador.

Entonces toda la congregación se lanzó sobre mí.

El estruendo creció hasta que, de pronto, desperté.

No había tumulto alguno. Solo una rama de abeto golpeando el vidrio, sacudida por el viento.

Me tranquilicé… pero al intentar cerrar la ventana, mis dedos se cerraron sobre una pequeña mano helada.

—Déjame entrar —sollozó una voz—. Me he perdido en el páramo.

—¿Quién eres? —pregunté, aterrorizado.

—Catherine Linton.

El horror me volvió cruel. Froté aquella mano contra el vidrio roto hasta que la sangre empapó las sábanas. La voz seguía suplicando.

—Han pasado veinte años —murmuró—. Veinte años vagando.

Grité con todas mis fuerzas.

La puerta se abrió de golpe. Una luz apareció. Era Heathcliff.

Al mencionar el nombre de Catherine, su rostro se desfiguró.

—¿Cómo se atreve? —rugió—. ¡Bajo mi techo!

Comprendí demasiado tarde la herida que había abierto.

Lo vi sentarse al borde de la cama, ocultando el rostro, respirando con dificultad.

—Váyase a mi habitación —dijo al fin—. Aquí no dormirá nadie más esta noche.

Tomé la vela.

—Un hombre sensato —dije— debería bastarse a sí mismo como compañía.

—Encantadora compañía —murmuró.

Y así terminó mi tercera noche en Cumbres Borrascosas.

# Capítulo IV

Al día siguiente desperté con la clara sensación de que aquella casa, y todo lo que contenía, no debía retenerme ni un instante más. La tormenta había cedido, pero el paisaje seguía cubierto por una blancura hostil, como si el páramo se negara a olvidar la noche anterior.

Me vestí temprano y bajé, decidido a marcharme sin demora.

En la cocina encontré a Zillah ocupada con sus tareas. Me ofreció algo de desayuno, pero rehusé. No tenía apetito. Solo deseaba abandonar aquel lugar.

—¿Se va ya, señor? —preguntó, con una mezcla de sorpresa y alivio.

—En cuanto pueda —respondí—. No deseo volver a quedarme atrapado aquí.

Ella asintió, como quien comprende demasiado bien.

—No es sitio para visitantes —dijo—. Ni siquiera para quienes viven en él.

Poco después apareció Heathcliff. Su semblante era duro, más sombrío que de costumbre. No mencionó lo ocurrido durante la noche. Yo tampoco. Había entre nosotros un acuerdo tácito de silencio.

—¿Está despejado el camino? —pregunté.

—Lo suficiente —respondió—. Si se pierde, será por torpeza propia.

Agradecí aquella forma tan suya de desear buen viaje.

Salí. El aire cortaba el rostro, pero la claridad del día devolvía una belleza salvaje al paisaje. Mientras descendía por el sendero, no pude evitar volver la vista atrás. Cumbres Borrascosas se alzaba inmóvil, áspera, como una fortaleza que no necesitara defenderse de nadie porque ya había vencido a todos.

Al llegar a la Granja de los Tordos, el contraste fue inmediato. Calor, orden, simetría. El hogar parecía recibir al viajero con una promesa de sosiego. Sin embargo, la paz no me alcanzó.

Durante varios días guardé cama. El médico habló de fiebre nerviosa, consecuencia del frío, del sobresalto y, quizá, de una imaginación demasiado activa. Yo sabía que no era solo eso. Aquella casa se había instalado en mí como una astilla invisible.

En mis horas de vigilia, la imagen de Heathcliff volvía una y otra vez. Su rostro contraído al oír el nombre de Catherine. La violencia contenida en su silencio. La sensación de que allí, en medio de ese páramo, había algo no resuelto, algo que se negaba a morir.

Fue entonces cuando la señora Dean, mi ama de llaves, comenzó a hablar.

—Si de verdad quiere entender ese lugar —me dijo una tarde, mientras avivaba el fuego—, debería conocer su historia.

La miré con interés. Hasta entonces había sido discreta, casi invisible.

—¿La historia de quién? —pregunté.

—De todos ellos —respondió—. De los Earnshaw, de los Linton… y, sobre todo, de Heathcliff.

Hubo una pausa. El fuego crepitó.

—No es una historia bonita —añadió—. Pero es la verdad.

Le pedí que continuara.

Ella se sentó, como quien se dispone a recorrer un camino largo.

—Todo comenzó muchos años atrás —dijo—, cuando el viejo señor Earnshaw vivía aún en Cumbres Borrascosas…

Y así, con la voz tranquila de quien ha visto demasiado, la señora Dean abrió la puerta al pasado.

# Capítulo V
*(Relato de la señora Dean)*

El señor Earnshaw era un hombre severo, pero justo. Vivía en Cumbres Borrascosas con sus hijos, Hindley y Catherine, y conmigo, que había crecido en la casa casi desde la cuna. Catherine era una niña vivaz, indomable, tan propensa a la risa como a la furia; Hindley, en cambio, era orgulloso, impaciente, con una dureza que el tiempo solo se encargó de afilar.

Recuerdo con claridad el día en que el señor Earnshaw regresó de un viaje a Liverpool. Había salido con la intención de comprar regalos para los niños, y volvió trayendo consigo algo muy distinto.

—Miren lo que encontré en el camino —dijo al cruzar el umbral.

No era un objeto. Era un niño.

Un muchacho moreno, sucio, exhausto, con los ojos negros encendidos por el miedo y el desafío. No habló. No lloró. Se limitó a mirar alrededor como un animal acorralado.

—Lo encontré abandonado en las calles —explicó el señor Earnshaw—. Nadie lo reclamaba. No podía dejarlo allí.

Hindley reaccionó con rechazo inmediato. Catherine, en cambio, se acercó con curiosidad. Yo

misma no supe qué pensar. Aquel niño no pertenecía a nuestro mundo, y, sin embargo, desde ese instante, pasó a formar parte de él.

—Se llamará Heathcliff —anunció el señor Earnshaw—. Y vivirá con nosotros.

La casa nunca volvió a ser la misma.

Heathcliff no tardó en convertirse en el centro de tensiones invisibles. El señor Earnshaw lo protegía con una obstinación que hería a Hindley. Catherine, por su parte, se unió a él como si se reconocieran desde antes de existir. Eran inseparables. Salvajes. Libres. Dos criaturas hechas del mismo viento áspero del páramo.

Cuando el señor Earnshaw murió, todo cambió.

Hindley regresó como amo absoluto de la casa, acompañado de su esposa, Frances. Desde el primer día dejó clara su intención de rebajar a Heathcliff a la condición de sirviente. Le negó la educación, lo humilló, lo golpeó cuando podía hacerlo sin testigos.

Catherine protestaba. Discutía. Se rebelaba. Pero nada detenía a Hindley. La crueldad se convirtió en norma.

Recuerdo una noche en particular. Catherine y Heathcliff habían estado vagando por los páramos bajo la lluvia. Regresaron empapados, riendo, con esa

risa que solo existe antes de que el mundo enseñe a temer. Hindley los esperaba.

—Esto se acabó —dijo—. No volverán a comportarse como animales.

Heathcliff bajó la cabeza. Catherine no.

—No puedes separarnos —le gritó—. No puedes.

Hindley respondió con violencia.

Aquella fue la primera vez que vi a Heathcliff comprender algo esencial: que el amor no protege, que el mundo no perdona, que la humillación deja marcas más profundas que los golpes.

Desde entonces, su silencio fue distinto.

No tardaron en crecer. Catherine se volvió hermosa, inquieta, contradictoria. Heathcliff se endureció. Observaba más de lo que hablaba. Cada desprecio, cada burla, cada orden injusta se acumulaba dentro de él como una deuda.

Yo los veía y temía.

Porque cuando dos almas se unen así, sin límites ni palabras, el destino no suele ser benigno.

# Capítulo VI

*(Relato de la señora Dean – versión integrada y definitiva)*

Durante años, Catherine y Heathcliff vivieron como si el mundo se redujera a los páramos y a Cumbres Borrascosas. No eran simplemente amigos: eran una sola voluntad expresada en dos cuerpos. Donde iba uno, iba el otro. Donde uno callaba, el otro comprendía.

Hablaban poco cuando estaban juntos. No lo necesitaban. Bastaba una mirada, un gesto mínimo, una inclinación de cabeza. Yo los observaba desde la distancia y pensaba que no eran niños comunes, sino criaturas nacidas de la misma tormenta.

Catherine era impetuosa, orgullosa, capaz de una ternura feroz y de una crueldad espontánea. Heathcliff, en cambio, parecía aprender el mundo desde la herida: soportaba el desprecio con una paciencia oscura, pero cuando Catherine reía, su rostro se iluminaba de un modo que rara vez volví a ver después.

Hindley hacía todo lo posible por separarlos. Castigos, prohibiciones, trabajos forzados. Nada funcionaba. Si los encerraba por separado, se buscaban en silencio. Si golpeaba a uno, el otro sangraba por dentro.

—No puedes rompernos —le dijo Catherine una vez—. No sabes lo que somos.

Hindley respondió con una carcajada breve y amarga.

—Lo aprenderás.

Y lo aprendió.

Con los años, Catherine comenzó a notar el peso de las miradas ajenas. Heathcliff, relegado al trabajo rudo, se volvió más hosco, más silencioso, cada vez más ajeno a los modales de la casa. El mundo empezó a interponerse entre ellos sin necesidad de palabras.

El episodio de la Granja de los Linton marcó el primer desplazamiento. Catherine regresó herida, cuidada, transformada. Volvió con vestidos distintos, con un lenguaje más medido, con una conciencia nueva de sí misma. Heathcliff la observó sin reproches.

—Has cambiado —dijo una vez.

—He crecido —respondió ella—. No podemos seguir siendo los mismos.

Desde entonces, Catherine comenzó a frecuentar la Granja. Allí la esperaban con sonrisas amables, con atención delicada, con una forma de afecto que no exigía lucha. En Cumbres Borrascosas era libre; en la Granja, era admirada.

Heathcliff permanecía en la sombra.

Una noche, Catherine me habló con una agitación que no le conocía. Caminaba de un lado a otro de la habitación. Sus manos no encontraban reposo. Yo fingía ordenar la mesa, pero no dejaba de observarla.

—Sería rebajarme —dijo al fin, casi en un susurro.

La frase quedó suspendida en el aire.

Desde el pasillo llegó un leve crujido. Nada más. El sonido mínimo de alguien que se detiene, de un cuerpo que decide no avanzar.

Catherine no lo oyó. O fingió no hacerlo.

—No entiendes, Nelly —continuó—. Él es más que amor. Es… —buscó la palabra, no la encontró—. Yo soy Heathcliff.

Calló.

Del otro lado de la pared, ningún movimiento. Ningún paso alejándose. Ninguna respiración delatada.

Solo ese silencio espeso que no pertenece a una casa, sino a una persona.

Cuando Catherine salió, el pasillo estaba vacío.

Pero algo había quedado allí.

Desde esa noche, Heathcliff habló menos. Escuchaba más. Su silencio ya no era el de un muchacho humillado, sino el de alguien que ha comprendido demasiado pronto.

Y así comenzó el verdadero quiebre.

# Capítulo VII
*(Relato de la señora Dean)*

Después de aquella noche, Heathcliff dejó de ser visible incluso cuando estaba presente. Cumplía con su trabajo, obedecía órdenes, ocupaba su lugar en la casa como siempre; pero algo esencial se había retirado de él. No era resignación. Era cálculo.

Catherine lo notó antes que nadie, aunque nunca lo dijo en voz alta. Lo observaba desde lejos, como si temiera confirmar una pérdida que aún no se atrevía a nombrar. A veces se le acercaba con la vieja confianza, con un gesto familiar, con una risa breve. Heathcliff respondía lo justo. Nada más.

No discutían. No se reprochaban. Eso fue lo más inquietante.

El vínculo que antes se imponía por su sola existencia comenzó a depender del recuerdo. Y los recuerdos, cuando no se alimentan, se marchitan.

Catherine pasaba cada vez más tiempo en la Granja. Volvía con historias leves, con comentarios triviales, con una cortesía aprendida que no encajaba del todo en Cumbres Borrascosas. Heathcliff escuchaba sin preguntar.

Una tarde, lo vi mirarse las manos. Estaban agrietadas, endurecidas por el trabajo. Las observó como si fueran prueba de algo. Luego levantó la vista

hacia la colina que separaba la casa de la Granja de los Linton.

No dijo nada.

Fue entonces cuando comprendí que el silencio había dejado de ser dolor y se estaba convirtiendo en propósito.

Catherine, por su parte, parecía dividida en dos. Cuando estaba en la Granja, brillaba. Cuando regresaba, se inquietaba. Dormía mal. Soñaba en voz alta. A veces pronunciaba el nombre de Heathcliff sin darse cuenta.

Una noche lo buscó.

—¿Dónde está? —me preguntó.

—Fuera —respondí—. Como siempre.

Salió tras él, pero volvió sola. No dijo una palabra. Se sentó junto al fuego y permaneció inmóvil durante horas.

A la mañana siguiente, Heathcliff no estaba.

Al principio nadie se alarmó. No era raro que se ausentara. Pero pasaron las horas. Luego el día entero. Luego la noche.

No dejó nota. No pidió permiso. No se despidió.

Catherine reaccionó con incredulidad. Luego con furia. Luego con una agitación que rozaba la desesperación.

—Volverá —repetía—. Siempre vuelve.

Pero algo en su voz delataba que sabía que esta vez era distinto.

Hindley se encogió de hombros.

—Mejor así —dijo—. Un problema menos.

Yo no dije nada. Había visto suficiente.

Heathcliff no se fue impulsado por la rabia, ni por los golpes, ni siquiera por la humillación. Se fue porque había escuchado lo que no debía escucharse y comprendido lo que no se puede olvidar.

No huyó. Se retiró. Y con él se fue la última posibilidad de que las cosas siguieran siendo lo que fueron.

# Capítulo VIII
*(Relato de la señora Dean)*

La desaparición de Heathcliff dejó un vacío que nadie quiso nombrar, pero que todos sentíamos. Cumbres Borrascosas siguió en pie, áspera e imperturbable, como si nada hubiera ocurrido. Hindley continuó con su vida sin mostrar el menor interés. Yo seguí con mis tareas. Pero Catherine… Catherine cambió.

Al principio se negó a aceptar la ausencia. Hablaba de Heathcliff como si estuviera a punto de volver, como si su marcha fuera apenas una excursión prolongada. Preguntaba por él con naturalidad, comentaba cosas que habría querido contarle, incluso sonreía al recordar episodios de la infancia compartida.

Pero el tiempo no confirmaba su esperanza.

Las noches se volvieron inquietas. Dormía mal, se levantaba sobresaltada, caminaba por la casa sin rumbo. A veces la encontraba sentada en la escalera, mirando hacia la puerta, como si esperara escuchar pasos.

—Volverá —decía—. Tiene que volver.

No respondía. Había aprendido que algunas certezas no admiten consuelo.

En la Granja de los Linton, Catherine era recibida con creciente atención. Edgar la miraba con una devoción tranquila, constante, muy distinta a la intensidad salvaje que había marcado su vínculo con Heathcliff. Allí no había tormentas ni silencios densos. Todo era orden, previsibilidad, cuidado.

Y Catherine, agotada, comenzó a agradecer esa calma.

Pero no era paz lo que encontraba. Era anestesia.

Una tarde regresó alterada. Hablaba demasiado, reía sin motivo claro, pasaba de la euforia al llanto sin transición. Comprendí entonces que algo se estaba desajustando en su interior.

—No puedo dejar de pensar —me dijo—. Todo me pesa. Todo me confunde.

—Necesitas descanso —le sugerí.

—Necesito silencio —respondió—. Pero cuando lo tengo, duele más.

Su cuerpo empezó a acompañar ese desorden. Dejó de comer. Se debilitó. La fiebre apareció sin causa aparente. El médico habló de agotamiento nervioso. Yo sabía que no era eso.

Era ausencia.

Durante semanas, Catherine osciló entre el deseo de olvidar y la imposibilidad de hacerlo. Pronunciaba el nombre de Heathcliff en sueños. Luego despertaba y fingía no recordar.

Edgar la visitaba con regularidad. Su presencia era constante, respetuosa, casi protectora. Nunca exigía. Nunca presionaba. Esperaba.

Y Catherine, cansada de luchar contra sí misma, comenzó a apoyarse en él.

Una noche, mientras la ayudaba a acostarse, me tomó la mano con una fuerza inesperada.

—Nelly —dijo—, si él no vuelve… ¿qué queda de mí?

No supe qué responder.

Porque había comprendido algo terrible: Catherine no estaba eligiendo a Edgar. Estaba renunciando a Heathcliff para sobrevivir.

Y esa no es una elección que deje intacto a nadie.

# Capítulo IX
*(Relato de la señora Dean)*

La enfermedad de Catherine no se manifestó de forma violenta, sino como una lenta retirada. Su cuerpo permanecía allí, pero algo de ella parecía haberse desplazado a un lugar inaccesible. Pasaba horas mirando por la ventana, sin ver nada en particular. Otras veces hablaba con lucidez, incluso con ligereza, como si quisiera convencerse de que todo estaba en orden.

Edgar Linton acudía a verla con regularidad. Su presencia no alteraba la casa; la ordenaba. Hablaba poco, con cuidado, como si cada palabra debiera sostener algo frágil. Catherine lo escuchaba con atención sincera. No era amor lo que se reflejaba en su mirada, sino descanso.

Una tarde, cuando la fiebre había cedido y la habitación estaba en silencio, Catherine me llamó.

—Nelly —dijo—, si yo me caso con Edgar, ¿seré feliz?

No respondió su voz infantil ni la mujer resuelta que aparentaba ante los demás. Hablaba alguien cansado.

—Será respetada —respondí—. Estará a salvo.

Asintió lentamente.

—Eso es lo que necesito ahora.

Se incorporó con dificultad y caminó unos pasos por la habitación. Sus movimientos eran torpes, como si el cuerpo ya no le perteneciera del todo.

—Heathcliff no puede darme eso —continuó—. No porque no me ame… sino porque el mundo no lo permitiría.

Calló. Yo no dije nada.

—No puedo hundirme con él —añadió—. No puedo vivir desde la herida.

Se detuvo frente al espejo. Observó su rostro, más pálido que nunca.

—Y, sin embargo —susurró—, si lo hago… me pierdo a mí misma.

Esa noche, Edgar regresó.

No hubo declaraciones grandilocuentes. No hubo promesas exaltadas. Catherine aceptó su mano con un gesto leve, casi solemne. Edgar la miró como quien recibe algo precioso y vulnerable.

Yo observé desde el umbral.

En ese instante comprendí que la elección estaba hecha, aunque nadie hubiera pronunciado la palabra *matrimonio*.

Catherine no había elegido a Edgar por amor, sino por posibilidad. Por estructura. Por supervivencia.

Pero las decisiones tomadas desde el miedo rara vez sellan la paz.

Cuando Edgar se marchó, Catherine quedó exhausta. Se recostó en la cama y cerró los ojos.

—He hecho lo correcto —murmuró—. ¿Verdad, Nelly?

No respondí.

Porque sabía que Heathcliff no había dejado de existir. Solo había sido excluido del futuro.

Y lo que se excluye sin resolverse, siempre regresa.

# Capítulo X
*(Relato de la señora Dean)*

Pasaron tres años.

El tiempo, que todo lo desgasta, no logró borrar a Heathcliff. Simplemente lo volvió invisible. Catherine se casó con Edgar Linton y se trasladó a la Granja. Allí su vida adquirió una forma estable, ordenada, socialmente aceptable. Era la señora Linton: respetada, atendida, rodeada de comodidades.

Pero había algo en ella que no encajaba del todo. Una inquietud leve, persistente, como una nota fuera de tono que nadie se atrevía a señalar.

Cumbres Borrascosas, por su parte, se hundía lentamente bajo el gobierno de Hindley. El alcohol, las deudas y la negligencia habían convertido la casa en un lugar más áspero aún que antes. Yo seguía yendo y viniendo entre ambos hogares, testigo involuntario de un equilibrio frágil.

Fue una tarde tranquila cuando ocurrió.

Había salido al jardín cuando vi acercarse a un hombre por el sendero. Caminaba con paso firme, sin prisa, como quien conoce el terreno. Al principio no lo reconocí. Luego algo en su manera de avanzar, en la forma en que sostenía la cabeza, me hizo detenerme.

Era Heathcliff.

Pero no el muchacho que se había marchado.

Vestía con sobriedad, con un aire que no pertenecía al lugar. Su rostro seguía siendo oscuro, pero ahora estaba afilado por la determinación. Los ojos —esos ojos— ya no buscaban aprobación ni defensa. Observaban. Medían.

—Nelly —dijo, como si no hubiera pasado un solo día.

No pregunté de dónde venía ni qué había hecho. Comprendí que no era asunto mío. Había en él una calma extraña, contenida, que me inquietó más que cualquier arrebato.

—He vuelto —añadió—. Y me quedaré.

Entró en la casa como si le perteneciera. Hindley, sorprendido, reaccionó con una mezcla de burla y resentimiento. Heathcliff no respondió. Sonrió apenas. Una sonrisa que no invitaba a nada.

Esa misma noche fue a la Granja.

Catherine lo vio desde el otro extremo de la habitación. Se quedó inmóvil. El tiempo pareció detenerse.

—Heathcliff… —susurró.

Él la observó sin prisa. No había reproche en su mirada. Tampoco nostalgia. Solo una intensidad silenciosa que la dejó sin aliento.

—Estoy de vuelta —dijo.

Nada más.

Edgar, incómodo, intentó mostrarse cordial. Heathcliff aceptó la cortesía con una inclinación leve de cabeza, como si todo aquello fuera una formalidad menor.

Yo vi algo que los demás no vieron.

Heathcliff no había regresado por Catherine.

Había regresado por todo.

Y esa noche comprendí que la paz de la Granja, cuidadosamente construida, acababa de recibir su primera grieta.

# Capítulo XI
*(Relato de la señora Dean)*

La presencia de Heathcliff no tardó en hacerse sentir, aunque nadie supiera señalar exactamente cómo. No levantaba la voz, no exigía nada, no reclamaba un lugar. Simplemente estaba. Y eso bastaba.

En Cumbres Borrascosas se instaló como si nunca se hubiera ido. Hindley, debilitado por el alcohol y las deudas, intentó tratarlo con desdén, pero pronto quedó claro que ya no estaba en posición de humillar a nadie. Heathcliff lo observaba con una calma incómoda, como si evaluara un terreno que, tarde o temprano, volvería a ser suyo.

—Has cambiado —le dijo Hindley una noche, con una risa forzada—. Te has vuelto muy fino para este lugar.

—El lugar sigue siendo el mismo —respondió Heathcliff—. Los que cambian son los hombres.

No hubo más intercambio. Hindley bebió. Heathcliff sonrió apenas.

En la Granja, la inquietud era distinta.

Catherine se esforzaba por mostrarse serena, pero su cuerpo la traicionaba. Cada visita de Heathcliff la dejaba exhausta, como si algo en su

interior se tensara sin descanso. Hablaban poco. Se observaban demasiado.

Edgar no tardó en advertirlo.

—No me gusta su influencia —me dijo—. Trae consigo una sombra que no pertenece a esta casa.

Yo no supe qué responder. Porque Heathcliff no imponía su presencia: la revelaba.

Una tarde, los encontré juntos en el salón. Catherine estaba sentada junto a la ventana. Heathcliff de pie, a cierta distancia. No se miraban directamente.

—Aquí todo es tan ordenado —dijo él—. Tan correcto.

—Eso no es algo malo —respondió Catherine.

—No —admitió—. Pero tampoco es todo.

Ella no contestó.

Ese silencio era distinto al de la infancia. Ya no unía: separaba.

Edgar entró en la habitación. Saludó con cortesía. Heathcliff respondió del mismo modo. Nadie podía reprocharle nada. Y, sin embargo, la tensión se volvió palpable.

—No debería venir tan seguido —dijo Edgar más tarde, cuando Heathcliff se marchó—. Catherine no está bien.

—No es él quien la altera —respondí—. Es lo que despierta.

Edgar guardó silencio.

Yo sabía que Heathcliff no buscaba recuperar lo perdido. Eso habría sido imposible. Su mirada iba más allá. A cada gesto, a cada visita, parecía confirmar algo que solo él conocía.

Una noche, al cerrar la casa, vi a Heathcliff detenerse en el umbral. Miró hacia el interior con detenimiento.

—Nada permanece intacto —dijo, como para sí—. Solo lo que no se toca. Y se marchó.

Comprendí entonces que el verdadero conflicto aún no había comenzado. Solo se estaban alineando las piezas.

# Capítulo XII
*(Relato de la señora Dean)*

La convivencia, si podía llamarse así, se volvió insostenible por acumulación, no por estallido. Cada visita de Heathcliff dejaba una estela invisible que tardaba días en disiparse. Nada concreto ocurría. Nadie levantaba la voz. Pero la casa quedaba alterada, como si el aire hubiera cambiado de densidad.

Edgar comenzó a mostrarse más reservado. Ya no buscaba la compañía de Heathcliff, ni siquiera por cortesía. Su amabilidad se volvió distante, medida. Catherine lo notaba y se irritaba.

—Eres injusto —le dijo una tarde—. No ha hecho nada.

—Precisamente —respondió Edgar—. Y eso es lo que me inquieta.

Ella se volvió hacia la ventana, impaciente.

—Siempre ves amenazas donde no las hay.

—No —replicó—. Veo consecuencias.

Catherine no quiso seguir escuchando.

Por su parte, Heathcliff parecía disfrutar de esa fricción contenida. No provocaba discusiones; se limitaba a estar presente en el momento exacto, a decir la frase justa, a observar en silencio cuando la incomodidad crecía. Su mirada iba y venía entre

Catherine y Edgar con una atención que no era curiosidad, sino cálculo.

Una tarde, mientras Catherine descansaba, Edgar me habló con franqueza.

—No puedo permitir que esta situación continúe —dijo—. Mi esposa no está bien. Y él… no ayuda.

—Heathcliff no se marchará por voluntad ajena —respondí—. Nunca lo ha hecho.

Edgar apretó los labios.

—Entonces tendré que marcar un límite.

Ese límite no tardó en ponerse a prueba.

Durante una visita, Heathcliff hizo un comentario leve, casi casual, sobre la vida en la Granja. Nada ofensivo. Nada explícito. Pero había en sus palabras una ironía apenas perceptible, una comparación implícita con Cumbres Borrascosas que Catherine comprendió al instante.

Sonrió.

Edgar no.

—Creo que es hora de que termine la visita —dijo con calma tensa.

Heathcliff lo miró, sorprendido solo en apariencia.

—¿Ya?

—Sí.

Hubo un silencio breve, espeso.

—Como prefiera —respondió Heathcliff, inclinando la cabeza.

Se marchó sin protestar.

Catherine reaccionó con furia contenida.

—No tenías derecho —dijo—. No eres su dueño.

—Soy el dueño de esta casa —respondió Edgar—. Y de la paz que intento preservar en ella.

—¿Paz? —replicó—. ¿O control?

La discusión no escaló, pero dejó marcas. Catherine se encerró en sí misma. Edgar se volvió más firme. Heathcliff, al enterarse, sonrió con una satisfacción que no intentó ocultar.

Yo comprendí entonces que el enfrentamiento ya no sería evitado. Había dejado de ser una posibilidad para convertirse en una necesidad.

Y Catherine, una vez más, estaba en el centro de una guerra que no había iniciado, pero de la que tampoco podía escapar.

# Capítulo XIII
*(Relato de la señora Dean)*

El enfrentamiento no llegó como una tormenta repentina, sino como llegan las heladas: después de días de aire inmóvil, cuando nadie cree que el frío pueda volverse mortal.

Catherine llevaba jornadas, inquieta. Hablaba poco, pero sus movimientos eran bruscos, nerviosos. Edgar la observaba con creciente preocupación. Heathcliff, por su parte, parecía esperar. No forzaba el momento. Sabía que llegaría solo.

Y llegó.

Fue una tarde en que Catherine insistió en recibirlo, pese a la evidente incomodidad de Edgar. Yo estaba presente. Edgar también. Heathcliff entró con su habitual compostura, como si nada estuviera en juego.

—No esperaba visita hoy —dijo Edgar, sin ocultar la rigidez.

—Ni yo esperaba ser invitado tan pocas veces —respondió Heathcliff, con una cortesía que rozaba la ironía.

Catherine intervino de inmediato.

—Basta —dijo—. No estoy para esto.

Se sentó. Heathcliff permaneció de pie. Edgar hizo lo mismo. La disposición misma de los cuerpos anticipaba el conflicto.

—He tolerado esta situación cuanto he podido —dijo Edgar al fin—. Pero ya no es aceptable.

—¿Qué situación? —preguntó Heathcliff—. ¿Mi presencia?

—Tu influencia —respondió Edgar—. Mi esposa no está bien desde que regresaste.

Catherine se levantó de golpe.

—¡No hables de mí como si no estuviera aquí!

Heathcliff la miró. Solo a ella.

—¿Es cierto? —preguntó—. ¿Estoy causando daño?

Catherine vaciló. Ese instante fue suficiente.

—No —dijo al fin—. Pero tampoco ayudas.

Heathcliff asintió lentamente, como si hubiera recibido una confirmación largamente esperada.

—Entonces todo está claro.

Edgar dio un paso adelante.

—No volverás a esta casa.

El silencio que siguió fue absoluto.

Heathcliff no reaccionó de inmediato. Observó a Edgar con detenimiento, como si por primera vez lo viera completo.

—No necesitas expulsarme —dijo—. Ya he estado fuera antes.

Se volvió hacia Catherine.

—Sabes dónde encontrarme.

Ella no respondió.

Heathcliff salió sin mirar atrás.

Apenas la puerta se cerró, Catherine se desplomó en la silla. Su respiración era irregular. Edgar intentó acercarse, pero ella lo apartó con un gesto.

—No debiste —dijo—. No así.

—Era necesario —respondió él—. Esto debía terminar.

Catherine lo miró como si lo viera por primera vez.

—No termina —susurró—. Solo cambia de forma.

Esa noche, la fiebre volvió. Más intensa. Más peligrosa. Catherine deliró, habló del páramo, de la infancia, de una libertad que ya no existía. Pronunció el nombre de Heathcliff una y otra vez.

Edgar permaneció a su lado, impotente. Yo también.

Y comprendí que el verdadero daño no había sido la discusión, sino la certeza que se había instalado en todos nosotros:

Heathcliff ya no necesitaba estar presente para dominarlo todo.

# Capítulo XIV
*(Relato de la señora Dean)*

La enfermedad de Catherine ya no permitía equívocos. No era una dolencia pasajera ni un agotamiento nervioso, como quiso creer el médico. Era una ruptura. El cuerpo había tomado partido donde la mente no había podido decidir.

Permanecía largos periodos en silencio, con los ojos abiertos, fijos en algún punto que nadie más veía. Luego hablaba sin transición, como si retomara una conversación interrumpida hacía años. A veces me confundía con otra persona. Otras, me llamaba por mi nombre con una claridad que resultaba aún más inquietante.

—Las ventanas —decía—. Ábrelas. Necesito aire.

Era pleno invierno.

Edgar se resistía.

—El frío la matará —decía.

—El encierro ya lo está haciendo —respondí.

Catherine comenzó a rechazar la comida. Decía que no tenía hambre, que el cuerpo no la necesitaba. Se miraba en el espejo con una mezcla de fascinación y extrañeza, como si no reconociera el reflejo.

—No soy yo —murmuraba—. Me han puesto aquí dentro.

Una tarde, cuando Edgar había salido, se incorporó con un esfuerzo que no creí posible y se acercó al ventanal. Afuera, el páramo estaba cubierto de una luz gris, inmóvil.

—Allí —dijo—. Allí es donde debería estar.

—Eso ya no existe —le respondí con suavidad.

—Existe —replicó—. Lo que no existe es esto.

Golpeó su pecho con el puño cerrado.

Esa noche, la fiebre subió peligrosamente. Catherine deliró sin descanso. Habló de la infancia, de correr bajo la lluvia, de dormir en la hierba húmeda, de un nombre que no se atrevía a pronunciar completo.

Edgar regresó y se sentó a su lado. La tomó de la mano. Ella no reaccionó.

—Nunca quise hacerle daño —dijo él, como si necesitara justificar algo ante mí, o ante sí mismo—. Solo quise salvarla.

—No se salva a quien no quiere ser salvado —respondí.

Me miró con una mezcla de reproche y desesperación.

—¿Qué más podía hacer?

No supe responderle. Porque el error no había sido la intención, sino el momento. Había llegado demasiado tarde a una guerra que llevaba años gestándose.

Catherine abrió los ojos de pronto.

—Nelly —dijo con claridad—. Dile que venga.

—¿A quién?

Ella cerró los ojos.

—Ya lo sabes.

Edgar comprendió. Su rostro se tensó. Durante unos segundos no dijo nada. Luego asintió, como si aceptara una derrota que no podía evitar.

—Ve —dijo—. Si eso la calma… ve.

Salí sin abrigo. El viento cortaba la piel. El camino hacia Cumbres Borrascosas estaba oscuro, pero no dudé. Sabía que Heathcliff no estaría lejos.

Y mientras avanzaba, comprendí que aquella noche ya no se trataba de amor, ni de celos, ni siquiera de orgullo.

Se trataba de supervivencia.

# Capítulo XV
*(Relato de la señora Dean)*

Encontré a Heathcliff cerca de Cumbres Borrascosas, como si hubiera sabido que lo buscaba. Caminaba despacio, con las manos a la espalda, la mirada fija en el páramo. No se sorprendió al verme.

—¿Está peor? —preguntó.

Asentí.

No dijo nada más. Me siguió.

Cuando entramos en la Granja, la casa estaba en silencio. Edgar aguardaba en el vestíbulo. No cruzó palabra con Heathcliff. Se limitó a hacerse a un lado.

Catherine estaba despierta.

Al verlo, se incorporó con una energía que no había mostrado en días. Sus ojos brillaron con una intensidad casi febril.

—Has venido —dijo.

—Me llamaste —respondió él.

Yo me retiré unos pasos, pero no salí de la habitación. Edgar permaneció cerca de la puerta, rígido.

Durante unos instantes, Catherine y Heathcliff se miraron sin hablar. El aire parecía detenido.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó ella al fin.

—Porque escuché —respondió él—. Y no podía quedarme después de eso.

Ella cerró los ojos.

—No sabía que estabas ahí.

—Siempre estoy —dijo—. Incluso cuando no me ves.

Catherine sonrió con tristeza.

—Me equivoqué.

Heathcliff avanzó un paso.

—No —dijo—. Elegiste.

Ella lo observó con desesperación.

—No entiendes… yo tenía que vivir.

—¿Y yo? —preguntó—. ¿Qué debía hacer yo?

Catherine respiró con dificultad.

—Yo soy tú —dijo—. Siempre lo he sido. Pero me arrancaron de mí misma.

Heathcliff la tomó por los hombros. No con violencia, sino con urgencia.

—Me destruiste —dijo—. Y, aun así, no puedo dejar de amarte.

Edgar dio un paso adelante.

—Basta.

Catherine levantó la mano.

—Déjalo.

Volvió a mirar a Heathcliff.

—Prométeme algo —susurró—. No me olvides. No vivas en paz. No perdones.

Heathcliff apretó los dientes.

—Eso ya lo has decidido por mí.

Ella sonrió, agotada.

—Entonces no moriré del todo.

El cuerpo de Catherine cedió. Heathcliff la sostuvo un instante, como si quisiera retenerla en ese punto exacto entre la vida y la ausencia.

—Te veré de nuevo —dijo él—. No importa dónde.

Edgar intervino. Tomó a Catherine con cuidado. Heathcliff se apartó lentamente.

—Vete —dijo Edgar—. Ya has dicho suficiente.

Heathcliff lo miró con un desprecio frío.

—Nunca es suficiente.

Se volvió hacia Catherine por última vez. Ella ya no podía responder.

Salió de la habitación sin mirar atrás.

Yo cerré la puerta.

Y comprendí que lo que había ocurrido allí no era una despedida, sino una condena compartida.

# Capítulo XVI
*(Relato de la señora Dean)*

La noche avanzó con una lentitud implacable. Catherine respiraba con dificultad, como si cada aliento fuera una concesión. Edgar no se apartó de su lado. Yo iba y venía en silencio, intentando cumplir con gestos mínimos lo que ya no admitía remedio.

Al amanecer, la fiebre cedió de pronto. Fue un alivio engañoso. Catherine abrió los ojos con una claridad extraña, serena.

—Estoy cansada —dijo—. Todo pesa menos ahora.

Edgar le tomó la mano. Ella la sostuvo apenas.

—No llores —añadió—. No es un final. Es… volver.

No pregunté a dónde.

Pidió que abrieran la ventana. El aire frío entró sin resistencia. Afuera, el páramo amanecía gris, inmóvil.

—¿Lo oyes? —susurró—. Siempre supe que no terminaría aquí.

Cerró los ojos.

Murió poco después, sin lucha, como si hubiera decidido el instante.

Edgar permaneció inmóvil. Yo cerré las cortinas. La casa entera pareció replegarse.

Heathcliff no estaba allí.

Lo vi más tarde, a lo lejos, recortado contra el cielo bajo. No se acercó. No preguntó. Comprendió antes de escuchar.

Esa noche, regresó a Cumbres Borrascosas. No habló con nadie. Caminó por la casa como quien reconoce un territorio que ya no necesita permiso. Se detuvo en la habitación donde había dormido de niño. Tocó la pared. Luego la ventana.

—No te irás —murmuró—. No te dejaré ir.

Desde ese momento, algo en él se volvió irrevocable. No era furia abierta. Era persistencia. Una voluntad dura, sin descanso.

Hindley cayó aún más bajo. Las deudas se multiplicaron. La casa se deshizo en abandono. Heathcliff observó, esperó, avanzó sin prisa. Cada paso tenía un destino.

Edgar enterró a Catherine con dignidad. Eligió una tumba apartada, no junto a la familia, como si aún intentara protegerla de algo. Yo comprendí que ese gesto no la guardaría de nadie.

Porque Catherine no había quedado en la tierra.

Había quedado en Heathcliff.

Y lo que queda así no muere: se transforma en deuda.

# Capítulo XVII
*(Relato de la señora Dean)*

Tras la muerte de Catherine, nada se precipitó de inmediato. Esa fue la señal más clara de que algo había cambiado. No hubo estallidos ni escenas. Todo avanzó con una calma tensa, como si la tragedia hubiera dejado de ser un acontecimiento para convertirse en un método.

Heathcliff se instaló definitivamente en Cumbres Borrascosas. Hindley, consumido por el alcohol y el resentimiento, ya no ofrecía resistencia alguna. Firmaba documentos sin leerlos, empeñaba lo que aún no había perdido, y se hundía cada noche un poco más. Heathcliff observaba y aguardaba. No necesitaba empujar: el derrumbe se producía solo.

—Las deudas no desaparecen —le dijo una vez—. Solo cambian de dueño.

Hindley rio, una risa hueca, sin entender del todo.

La casa pasó a manos de Heathcliff sin violencia visible. Fue una transición silenciosa, sellada con papeles, promesas incumplidas y una vigilancia constante. Yo fui testigo de ese desplazamiento sin retorno.

El hijo de Hindley, Hareton, quedó en medio.

Era aún un niño cuando comenzó a sufrir la nueva organización de la casa. Heathcliff no lo

golpeaba. No lo insultaba abiertamente. Habría sido demasiado simple. Lo dejó crecer sin educación, sin cuidado, rodeado de aspereza, replicando en él, el mismo abandono que había conocido en su infancia.

—Aprenderá lo que yo aprendí —dijo una vez—. Nada más.

Edgar, por su parte, se recluyó en la Granja con su hija recién nacida. La llamó Catherine. Ese nombre volvió a circular como una herida que no cerraba. Yo veía a Heathcliff tensarse cada vez que lo oía, aunque nunca lo comentó.

Las visitas entre ambas casas se volvieron raras. Edgar evitaba el contacto. Heathcliff no lo buscaba. Ya no era necesario.

Una tarde, Heathcliff se detuvo frente al retrato de Catherine que aún colgaba en una pared oscura de Cumbres Borrascosas. Lo observó largo rato.

—No me dejaste —dijo—. Me diste trabajo.

Desde entonces, su vida se ordenó alrededor de un solo principio: nada quedaría sin cobrar. No hablaba de venganza. No la necesitaba como palabra. Cada gesto suyo llevaba una dirección clara, sin desviaciones.

Yo comprendí que el pasado había dejado de ser recuerdo. Se había convertido en sistema.

Y que quienes crecían bajo ese sistema no tendrían elección alguna.

# Capítulo XVIII
*(Relato de la señora Dean)*

Pasaron los años, y con ellos llegaron los cambios que solo el tiempo puede imponer. Edgar Linton envejeció prematuramente, no por enfermedad, sino por una tristeza sostenida. Su vida quedó reducida a la Granja y a su hija, la pequeña Catherine, a quien crio con una dedicación casi reverente.

La niña creció rodeada de cuidados, libros y jardines ordenados. Era viva, curiosa, obstinada a su manera, pero sin la aspereza salvaje de su madre. En ella había luz, no tormenta. Edgar parecía empeñado en construir para ella un mundo sin sombras.

Heathcliff observaba desde lejos.

En Cumbres Borrascosas, la infancia de Hareton avanzaba por un camino muy distinto. Creció sin educación formal, sin afecto visible, imitando los gestos rudos que lo rodeaban. No era un niño cruel por naturaleza, pero aprendió pronto a endurecerse para sobrevivir.

—No lo malcríes —me advirtió Heathcliff cuando intenté enseñarle a leer—. No necesita eso.

Comprendí entonces que no se trataba de descuido. Era un diseño.

Cuando Hindley murió, nadie lo lloró. Heathcliff se limitó a cerrar una puerta más en la casa. Hareton quedó definitivamente bajo su control.

Los años siguieron su curso hasta que la curiosidad de la joven Catherine comenzó a empujar los límites que su padre había trazado. Quería saber qué había más allá de los jardines de la Granja. Quería ver el páramo. Quería conocer la casa oscura que se recortaba en el horizonte.

—No vayas allí —le advirtió Edgar—. No es un lugar para ti.

Ella escuchó… y desobedeció.

El primer encuentro fue accidental. Catherine se perdió en una de sus exploraciones y llegó hasta Cumbres Borrascosas sin saberlo. Allí conoció a Hareton.

Se miraron con desconfianza. Él, torpe en el habla, rudo en los modales; ella, educada, rápida, incapaz de ocultar su sorpresa. Catherine rio. Hareton se tensó.

—No te burles —gruñó.

—No lo hago —respondió ella—. Solo… no esperaba esto.

Heathcliff los observaba desde la sombra.

En ese instante, comprendió que el tiempo le ofrecía una nueva posibilidad. No para corregir el pasado, sino para repetirlo con variaciones.

La joven Catherine se marchó sin comprender del todo lo que había visto. Pero algo había quedado sembrado.

Yo lo supe al ver la expresión de Heathcliff.

No era satisfacción.

Era cálculo renovado.

# Capítulo XIX
*(Relato de la señora Dean)*

Después de aquel primer encuentro, la joven Catherine no pudo apartar de su mente la imagen de Cumbres Borrascosas. El lugar la inquietaba y la atraía a la vez, como todo aquello que se prohíbe sin explicaciones. Edgar, atento a cualquier signo de peligro, redobló la vigilancia. Le habló con franqueza.

—No es una casa como la nuestra —le dijo—. Allí no encontrarás lo que imaginas.

Catherine escuchó con una sonrisa distraída. Tenía la edad en que las advertencias se confunden con desafíos.

A pesar de las restricciones, los encuentros se repitieron. A veces por azar, a veces por obstinación. Catherine volvió a ver a Hareton en más de una ocasión. Él se mostraba hosco, incómodo, pero no indiferente. Su torpeza le provocaba vergüenza; la agudeza de ella, una mezcla de admiración y resentimiento.

—Crees que eres mejor que yo —le dijo una vez.

—No —respondió ella—. Solo sé cosas que a ti no te enseñaron.

Aquella frase, dicha sin malicia, lo hirió más que cualquier burla abierta. Hareton se apartó con rabia contenida.

Heathcliff no intervino. Observaba.

Una tarde, la joven Catherine conoció a Linton, el hijo enfermizo de Heathcliff, recién llegado de la ciudad. El contraste era notable: pálido, delicado, educado hasta la exageración, hablaba con una afectación que resultaba casi frágil. Catherine, acostumbrada a la solidez tranquila de la Granja, lo miró con curiosidad.

—No pareces hecho para este lugar —comentó.

—No lo estoy —respondió él—. Nada aquí me pertenece.

Heathcliff escuchó desde la distancia. Sus ojos se detuvieron en la reacción de Catherine, en la atención que comenzaba a prestar a aquel muchacho débil y manipulable.

Fue entonces cuando decidió intervenir.

No con órdenes. No con prohibiciones. Con insinuaciones.

—Tu prima es distinta —le dijo a Linton—. No como los demás aquí.

Linton se aferró a esas palabras como a una promesa.

Heathcliff comenzó a organizar los encuentros con una naturalidad engañosa. Permitía

que Catherine visitara Cumbres Borrascosas bajo pretextos inocentes. Fingía desinterés. Fingía confianza.

Hareton observaba, confundido y herido. No entendía por qué se le apartaba, por qué su presencia resultaba cada vez más incómoda. Su rudeza, cultivada por años, se volvía ahora una marca de exclusión.

Yo veía repetirse el pasado con variaciones crueles. Catherine, sin saberlo, ocupaba el lugar de su madre. Hareton, el de Heathcliff. Y Linton… Linton era una pieza nueva, introducida para torcer el desenlace.

Heathcliff no buscaba amor para su hijo.

Buscaba control a largo plazo.

Y el juego acababa de comenzar.

# Capítulo XX
*(Relato de la señora Dean)*

Con el paso de los meses, los encuentros dejaron de parecer casuales. La joven Catherine era recibida en Cumbres Borrascosas con una cortesía que contrastaba con la aspereza habitual del lugar. Heathcliff se mostraba atento, incluso amable, como si hubiera decidido adoptar una hospitalidad tardía.

Nada más engañoso.

Linton se volvió el centro de esas visitas. Siempre frágil, siempre necesitado, sabía atraer la compasión de Catherine con una habilidad que no era del todo suya. Se quejaba del clima, de la casa, de su salud; hablaba de su soledad con un tono lastimero que despertaba en ella una mezcla de ternura y responsabilidad.

—No debería estar aquí —decía—. Pero no tengo otro sitio.

Catherine lo escuchaba, incómoda pero atenta. No lo amaba, pero se sentía obligada.

Hareton quedaba cada vez más relegado. Su torpeza al hablar, su incapacidad para leer, lo convertían en un objeto de silenciosa vergüenza. A veces intentaba acercarse a Catherine con gestos simples, casi infantiles. Ella respondía con cortesía distante. Heathcliff observaba y no intervenía.

Una tarde, Edgar cayó enfermo. Su estado no era grave al principio, pero la fragilidad de los años comenzó a hacerse evidente. Catherine se vio forzada a permanecer más tiempo en la Granja, atendiendo a su padre.

Heathcliff aprovechó la circunstancia.

Envió mensajes frecuentes, insistentes, pidiendo la presencia de Catherine en Cumbres Borrascosas para animar a Linton, cuya salud —según él— se deterioraba con rapidez. Yo intenté disuadirla.

—No es prudente —le dije—. Tu padre te necesita.

—Solo será una visita corta —respondió—. No puedo negarme.

La visita no fue corta.

Heathcliff encontró excusas para prolongarla: caminos cerrados, tormentas repentinas, la supuesta gravedad del estado de Linton. Cada obstáculo parecía surgir con una puntualidad inquietante.

—Te quedarás esta noche —dijo con naturalidad—. No es seguro regresar.

Catherine dudó. Luego aceptó.

Fue la primera noche de encierro.

No cerraron la puerta con llave. No fue necesario. Bastó con dejar claro que las decisiones ya no le pertenecían del todo.

Yo vi en esa situación algo que conocía demasiado bien: el mismo desplazamiento lento, casi imperceptible, por el que una voluntad ajena se impone sin violencia visible.

Heathcliff no apresuraba nada. Sabía que el encierro más eficaz es el que parece transitorio.

Y comprendí, con una claridad amarga, que Catherine había entrado en un espacio donde cada salida era también una trampa.

# Capítulo XXI
*(Relato de la señora Dean)*

La mañana siguiente amaneció con un cielo bajo y sin viento. Catherine se levantó inquieta, decidida a regresar a la Granja. Edgar seguía enfermo, y su ausencia comenzaba a pesarle con una ansiedad que ya no podía disimular.

—Me iré ahora —dijo—. El camino estará despejado.

Heathcliff no se opuso de inmediato. Se limitó a observarla mientras se ponía el abrigo.

—Aún no —respondió—. Linton no está bien.

Como si la invocación hubiera sido una señal, Linton apareció en el umbral, pálido, tembloroso, con la respiración corta. Se aferró al respaldo de una silla como si el cuerpo no pudiera sostenerlo.

—No te vayas —dijo—. Me siento peor cuando estás lejos.

Catherine vaciló. Miró hacia la puerta. Luego a Linton. La compasión volvió a imponerse.

—Solo un rato más —dijo—. Después me iré.

Ese "después" no llegó.

A lo largo del día, cada intento de marcharse fue pospuesto con nuevas razones. Un dolor repentino, una crisis fingida, un comentario

calculado. Heathcliff intervenía lo justo para reforzar la idea de que irse sería un acto cruel.

—¿Podrías vivir con eso? —le preguntó—. Abandonarlo ahora.

Al caer la tarde, Catherine comprendió que no se trataba de cuidado, sino de retención.

—Quiero irme —dijo con firmeza.

Heathcliff la miró por primera vez sin disimulo.

—No irás.

El silencio que siguió fue absoluto.

—No puedes impedirlo —respondió ella.

—Puedo —dijo—. Y lo haré.

No alzó la voz. No cerró puertas de golpe. Simplemente dio una orden, y fue obedecida. Los caminos estaban vigilados. Nadie se prestó a acompañarla. La noche cayó como una confirmación.

Catherine pasó la velada sentada, rígida, sin probar bocado. Linton se quejaba. Heathcliff observaba. Hareton permanecía al margen, incómodo, como si presintiera la injusticia sin saber nombrarla.

Yo comprendí que había llegado el momento que temía.

El encierro ya no era apariencia. Era mandato.

Y en ese mandato se decidía algo más que una visita prolongada: se estaba forzando un destino.

# Capítulo XXII
*(Relato de la señora Dean)*

La noche pasó sin descanso. Catherine apenas durmió. Al amanecer, el cielo seguía bajo, como si el día no quisiera comenzar. Intentó una vez más marcharse. Nadie la acompañó. Nadie le abrió paso.

Heathcliff apareció cuando ya no quedaban dudas.

—Esto no es necesario —dijo Catherine—. Mi padre está enfermo.

—Lo estará menos que Linton si te vas —respondió él—. Y tú lo sabes.

Linton, pálido y tembloroso, estaba sentado cerca del fuego. Tosía con una debilidad exagerada. Cada sonido parecía una súplica.

—No quiero causarte problemas —dijo—. Pero… si te vas ahora…

No terminó la frase. No hacía falta.

Catherine se volvió hacia Heathcliff.

—¿Qué quieres de mí?

Él no respondió de inmediato. La observó con una atención fría, casi clínica.

—Orden —dijo al fin—. Las cosas deben ocupar su lugar.

—¿Y yo cuál soy? —preguntó.

—La que te corresponde.

Esa tarde llegó un mensajero con noticias de la Granja. Edgar estaba peor. Catherine sintió que el suelo se le retiraba bajo los pies.

—Debo irme ahora —dijo—. No mañana. Ahora.

Heathcliff negó con la cabeza.

—No irás hasta que quede resuelto lo que viniste a hacer.

—No vine a resolver nada.

—Todos venimos a eso —respondió—. Aunque no lo sepamos.

La noche cayó sin que Catherine pudiera salir. Al día siguiente, la situación se repitió con una regularidad cruel. Cada hora añadía peso. Cada demora debilitaba su resistencia.

Finalmente, exhausta, pidió hablar conmigo a solas.

—No puedo seguir así —dijo—. No me dejará ir hasta que ceda.

—¿A qué? —pregunté, aunque lo sabía.

—A casarme con Linton.

Las palabras salieron como una rendición.

—No lo amas —dije.

—No importa —respondió—. Nada importa ya.

Yo comprendí que Heathcliff había logrado su propósito. No buscaba la felicidad de su hijo, ni siquiera su permanencia. Buscaba cerrar el círculo:

unir los nombres, asegurar el dominio, atar el futuro con una decisión sin amor.

Esa noche, Catherine aceptó.

No hubo celebración. No hubo alivio. Solo un cansancio profundo, como el de quien deja de luchar no por convicción, sino por agotamiento.

Heathcliff se retiró sin decir palabra.

Y su silencio fue la confirmación definitiva.

# Capítulo XXIII
*(Relato de la señora Dean)*

La decisión no trajo calma. Trajo movimiento.

Apenas Catherine aceptó, Heathcliff actuó con una eficacia que resultó perturbadora. Los preparativos se hicieron sin demora, sin ceremonia, como si se tratara de un trámite largamente esperado. Linton, débil y nervioso, parecía incapaz de comprender del todo lo que estaba ocurriendo. Sonreía con una mezcla de alivio y temor, como quien recibe algo que no sabe sostener.

—¿Cuándo podré volver a la Granja? —preguntó Catherine una mañana.

—Pronto —respondió Heathcliff—. Después de lo necesario.

Ese "después" se extendió más de lo prometido.

Catherine enfermó casi de inmediato. No fue una crisis repentina, sino un decaimiento progresivo: fiebre leve, agotamiento constante, una tos que no cedía. El médico habló de fragilidad nerviosa agravada por el clima. Yo sabía que era el cuerpo reclamando lo que la mente había entregado a la fuerza.

Aun así, Heathcliff insistió en el traslado.

—No tiene sentido retrasarlo —dijo—. Ya no pertenece a la Granja.

Las palabras cayeron con un peso definitivo.

El viaje fue corto, pero Catherine lo vivió como una expulsión. Al cruzar el umbral de la Granja por última vez, se detuvo un instante. Miró el jardín, las ventanas, el sendero que conocía desde niña.

—Cuídelo —me dijo—. Es todo lo que me queda.

No supe qué responder.

En Cumbres Borrascosas, la recibió un silencio distinto. No el de la hostilidad abierta, sino el de la indiferencia estructural. Nada estaba dispuesto para acogerla. Nada se movió para facilitarle la llegada.

Hareton observó desde la distancia. Linton se retiró a su habitación casi de inmediato, vencido por el esfuerzo. Heathcliff supervisó todo con una atención fría, meticulosa.

—Aquí aprenderá —dijo—. Todos aprendemos.

Catherine pasó los primeros días recluida, demasiado débil para protestar. Preguntaba por su padre. Yo evitaba responder con claridad. Edgar empeoraba, y la noticia aún no había llegado hasta ella.

Una tarde, Catherine me miró con una lucidez súbita.

—No me dejará ir —dijo—. Nunca.

No era una queja. Era una constatación.

Yo comprendí entonces que el matrimonio no había sido un final, sino un **traslado de cautiverio**. La protección de la Granja había quedado atrás. En Cumbres Borrascosas, la ley era otra.

Y Heathcliff, por primera vez, no ocultaba su satisfacción.

El círculo se había cerrado.

# Capítulo XXIV
## *(Relato de la señora Dean)*

El deterioro de Edgar fue rápido una vez que comenzó. No hubo dramatismos; solo una pérdida constante de fuerza, como si el cuerpo comprendiera antes que la mente que ya no había nada por sostener. Yo lo atendí hasta el final, en la Granja, en ese silencio cuidado que siempre había definido la casa.

Preguntó por su hija.

—¿Está bien? —dijo—. ¿Está a salvo?

No mentí del todo.

—Está viva —respondí—. Y piensa en usted.

Asintió. No pidió más.

Murió una mañana gris, con la ventana entreabierta y el jardín inmóvil. No hubo llanto desbordado. La Granja quedó suspendida en una quietud nueva, como un lugar que ya no tiene a quién proteger.

Catherine no estuvo presente.

La noticia le llegó días después, cuando ya era tarde incluso para el duelo compartido. La recibió sentada, envuelta en mantas, con el rostro pálido y los ojos demasiado grandes para su cuerpo debilitado.

—Lo sabía —dijo—. Siempre lo supe.

No lloró. No preguntó detalles. Se limitó a cerrar los ojos.

Desde ese día, algo en ella se retiró definitivamente.

Heathcliff actuó con rapidez. Asumió el control de la Granja con la misma eficacia silenciosa con que había tomado Cumbres Borrascosas. Todo estaba previsto: documentos, deudas, derechos. El nombre de Linton facilitó la transición. La casa cambió de dueño sin resistencia.

—Era inevitable —dijo—. Solo aceleré el proceso.

Catherine quedó así sin herencia, sin casa, sin pasado operativo. Vivía ahora en Cumbres Borrascosas como una presencia desplazada, no como dueña, ni siquiera como huésped. Su salud empeoró. La tos se volvió persistente. El cansancio, permanente.

Linton murió poco después, sin haber comprendido del todo su papel. Heathcliff no mostró duelo. Apenas cerró otra puerta.

—Nada se pierde —dijo—. Todo se recoloca.

Hareton quedó bajo su tutela directa. La joven Catherine también. Dos vidas distintas, atrapadas en el mismo espacio, bajo una autoridad que ya no necesitaba justificarse.

Yo observaba y comprendía que la historia había entrado en su último tramo. No habría redención, solo repetición transformada.

Y que lo que quedaba por delante no sería una lucha, sino una lenta erosión.

# Capítulo XXV
*(Relato de la señora Dean)*

El tiempo comenzó a actuar de un modo inesperado. No suavizó nada, pero tampoco obedeció por completo la voluntad de Heathcliff. Bajo su gobierno, Cumbres Borrascosas se mantuvo en un orden rígido, casi mecánico. Nadie desafiaba sus decisiones. Nadie las discutía. Y, sin embargo, algo se movía por debajo.

La joven Catherine, privada de toda elección, no se volvió dócil como él esperaba. Se volvió silenciosa. Observaba. Aprendía. Su resistencia no era frontal, sino interior. Había dejado de suplicar.

Hareton, por su parte, crecía con una mezcla confusa de rudeza y lealtad mal entendida. Admiraba a Heathcliff y lo temía al mismo tiempo. Pero había en él una curiosidad que no había sido prevista: una vergüenza persistente por no saber leer, por no comprender del todo el mundo que lo rodeaba.

Una tarde, encontré a Catherine con un libro abierto. Hareton estaba frente a ella, torpe, incómodo.

—No te burles —dijo él—. Ya sé que no entiendo nada.

—No me burlo —respondió ella—. Te enseño, si quieres.

Él dudó. Luego se sentó.

Fue un gesto pequeño. Pero no pasó desapercibido.

Heathcliff los observó desde el fondo de la habitación. Su expresión no fue de ira, sino de desconcierto. Durante años había dirigido el dolor con precisión. Pero ese intercambio no obedecía a su diseño.

—¿Qué hacen? —preguntó.

Catherine cerró el libro.

—Nada —respondió—. Solo leía.

Heathcliff no insistió. Se retiró. Pero algo en su mirada había cambiado.

Desde entonces, esos encuentros se repitieron a escondidas. Catherine enseñaba. Hareton escuchaba. No había afecto declarado, pero sí una complicidad naciente, ajena a la lógica del castigo.

Yo comprendí que el tiempo estaba introduciendo una variable que Heathcliff no podía controlar del todo: la posibilidad de un vínculo sin deuda.

Heathcliff comenzó a mostrarse irritable. No por lo que ocurría, sino por lo que ya no ocurría en él. La venganza había alcanzado su forma completa. No quedaba nada más que ajustar.

Una noche, lo vi detenerse ante el retrato de Catherine Earnshaw. No habló. No tocó el marco. Permaneció largo rato inmóvil.

—No era esto —murmuró—. No del todo.

Por primera vez, percibí en él algo distinto al rencor: cansancio.

Y supe que cuando un sistema se sostiene solo por inercia, ya ha comenzado a desgastarse.

# Capítulo XXVI
*(Relato de la señora Dean)*

El invierno avanzó con una persistencia que parecía reflejar el ánimo de la casa. Nada cambiaba en apariencia, pero todo se volvía más pesado. Heathcliff seguía impartiendo órdenes, vigilando, corrigiendo. Sin embargo, su presencia había perdido la intensidad que antes imponía respeto inmediato. Ya no observaba para calcular; observaba por costumbre.

La joven Catherine y Hareton continuaron encontrándose en silencio. No hablaban de futuro ni de pasado. Leían. Intercambiaban gestos mínimos. Cuando ella corregía una palabra, él asentía con una seriedad que desmentía su rudeza. Aquello no era desafío: era aprendizaje.

Heathcliff los veía.

No los interrumpía. Tampoco los alentaba. Se limitaba a pasar de largo, como si ese vínculo no le perteneciera. Yo comprendí que no era indiferencia, sino desinterés fatigado. La venganza no le exigía ya vigilancia; estaba completa.

Una tarde, Heathcliff me llamó.

—¿Crees que se aman? —preguntó sin mirarme.

—Creo que se reconocen —respondí.

Guardó silencio.

—Eso no estaba en mis planes.

—No todo lo está —dije.

No replicó. Caminó hasta la ventana y miró el páramo, inmóvil bajo el cielo bajo.

—Ella está en todas partes —murmuró—. Y en ninguna.

Desde entonces, comenzó a retirarse de las estancias comunes. Comía poco. Dormía mal. A veces se le oía caminar de noche, detenerse, volver a andar. No buscaba a nadie.

Una mañana, al entrar en la sala, lo encontré mirando el fuego apagado.

—No siento odio —dijo—. Eso es lo peor.

No supe qué decir.

—Si al menos doliera —añadió—. Pero ya no duele como antes.

Comprendí entonces que Heathcliff había llegado al punto en que la venganza deja de justificar la existencia. Todo estaba ganado. Y nada quedaba por vivir.

La casa comenzó a reflejar ese vacío. Las órdenes se volvieron menos frecuentes. Las reprimendas, más breves. Heathcliff no corregía: toleraba. Y esa tolerancia no nacía de la compasión, sino del agotamiento.

La joven Catherine, al verlo así, no sintió triunfo. Sintió distancia. Hareton también lo

percibió. Algo se estaba retirando del centro mismo de la casa.

Y cuando el centro se vacía, el sistema entero empieza a inclinarse.

# Capítulo XXVII
*(Relato de la señora Dean)*

La retirada de Heathcliff no fue anunciada. Ocurrió como ocurren las renuncias verdaderas: sin testigos ni discursos. Simplemente comenzó a estar menos. Menos atento. Menos presente. Menos interesado.

Dejó de intervenir en asuntos menores. Las discusiones entre Catherine y Hareton, cuando las había, ya no le concernían. Los observaba de lejos, como si pertenecieran a una vida que no era la suya.

Una mañana, me llamó.

—No me moleste si no es necesario —dijo—. Nada lo es, en realidad.

Pasaba largas horas caminando por el páramo, incluso cuando el clima no lo permitía. Regresaba empapado, exhausto, con la mirada fija en un punto que nadie más veía. No hablaba de ello. No se justificaba.

—Ella está cerca —murmuró una vez, al entrar—. Siempre lo está.

No pregunté a quién se refería.

Las noches se volvieron inquietas. Dormía poco. A veces no dormía en absoluto. Cuando lo hacía, despertaba sobresaltado, con una expresión que no era de miedo, sino de reconocimiento.

—No puedo descansar —me dijo—. Porque no estoy completo aquí.

La joven Catherine y Hareton continuaban su aprendizaje mutuo. Ya no se ocultaban. Leían a la luz del día. Reían a veces. No había desafío en ello. Solo vida.

Heathcliff los vio una tarde, sentados juntos, inclinados sobre un libro. Se detuvo unos segundos. Luego siguió su camino.

—Que hagan lo que quieran —dijo más tarde—. No tengo nada que reclamarles.

Esa frase habría sido impensable años atrás.

Desde entonces, comenzó a hablar de la muerte sin dramatismo, como de un lugar conocido.

—No es un final —dijo—. Es volver a donde siempre estuve.

Comprendí que no buscaba consuelo ni compañía. Estaba resolviendo algo en soledad.

La casa, sin su energía dominante, empezó a cambiar. No se volvió amable, pero sí menos opresiva. El silencio ya no era amenaza; era espacio.

Y supe que Heathcliff se estaba preparando no para abandonar la casa, sino para abandonar el mundo.

# Capítulo XXVIII
*(Relato de la señora Dean)*

Los últimos días de Heathcliff fueron de una quietud inquietante. No enfermó de manera visible. Simplemente dejó de alimentarse, dejó de dormir, dejó de responder a lo que ocurría a su alrededor. Su cuerpo parecía obedecer una decisión tomada en otra parte.

—No me interrumpa —me dijo—. Estoy ocupado.

No pregunté con qué.

Pasaba las noches caminando. A veces regresaba con el amanecer, otras, no volvía hasta entrada la mañana. Cuando lo hacía, su rostro no mostraba agotamiento, sino una serenidad extraña, casi expectante.

—Ella me espera —murmuró—. Ya no hay distancia.

Una noche no regresó.

Al amanecer fui a buscarlo. Lo encontré en su habitación, recostado sobre la cama, con la ventana abierta de par en par. La lluvia había entrado, empapando el suelo. El aire era frío.

Heathcliff estaba muerto.

No había señales de lucha. No había desorden. Su rostro no mostraba sufrimiento. Parecía escuchar algo que los demás no podíamos oír.

Cerré la ventana.

Cuando la noticia se extendió por la casa, nadie lloró. No por dureza, sino por una comprensión silenciosa: Heathcliff había llegado a donde quería.

Lo enterraron cerca del lugar que había señalado tiempo atrás. No junto a Catherine, pero tampoco lejos. Como si incluso en la muerte hubiera elegido permanecer al margen.

La casa quedó en silencio.

Un silencio distinto.

La joven Catherine y Hareton caminaron juntos por el páramo esa tarde. No hablaron de él. No era necesario. El dominio había terminado sin resistencia.

—¿Crees que lo encontrará? —me preguntó ella esa noche.

—Creo que nunca dejó de hacerlo —respondí.

Desde entonces, Cumbres Borrascosas cambió lentamente. No se volvió un lugar amable de inmediato, pero dejó de ser un espacio gobernado por la deuda. El pasado, por fin, había soltado su presa.

Y comprendí que algunas historias no se cierran con justicia ni redención, sino con agotamiento.

Cuando ya no queda odio que sostener, ni amor que reclamar, solo queda el descanso.

# Epílogo
*(Relato de la señora Dean)*

Pasó un tiempo antes de que alguien se atreviera a decir que Cumbres Borrascosas estaba en paz. No fue un cambio brusco. Nadie lo decretó. Simplemente dejó de doler del mismo modo.

La joven Catherine y Hareton se hicieron cargo de la casa sin solemnidades. Abrieron ventanas, repararon puertas, devolvieron a los cuartos un orden que no imponía miedo. El trabajo cotidiano sustituyó a la vigilancia. La palabra volvió a circular sin cautela.

Hareton aprendió a leer con una paciencia que nadie le había concedido antes. Catherine le enseñó sin condescendencia. A veces reían de los errores; otras, guardaban silencio. No había prisa. No había deuda.

El páramo siguió siendo el páramo: áspero, vasto, indiferente. Pero ya no era un lugar de expulsión. Se caminaba por él sin huir ni buscar nada.

Algunos vecinos afirmaban ver figuras al anochecer, cerca de la tumba. Decían reconocer siluetas que se confundían con la bruma. Yo escuchaba esas historias sin corregirlas. Hay creencias que cumplen su función sin necesidad de confirmación.

Una tarde, caminé hasta el lugar donde descansan. El viento era suave. No sentí temor. Tampoco consuelo. Solo una quietud aceptable.

Pensé entonces que el pasado no se borra: se integra. Cuando deja de gobernar, se vuelve paisaje.

Cumbres Borrascosas seguirá en pie mientras el viento encuentre resistencia. Pero ya no exigirá sacrificios. Ya no reclamará herencias de dolor.

La historia, al fin, había terminado de pasar.

Y eso fue suficiente.

Fin

Poemas de

# Emily Brontë

Autora de la novela
"Cumbres Borrascosas"

Traducción y versión modernizada en el lenguaje de

Gordon McAllister

Poemas de Emily Brontë / Ellis Bell

Índice


| | |
|---|---|
| Prefacio. | 139 |
| Introducción. | 145 |
| Nota aclaratoria | 147 |
| Fe y Desaliento. | 149 |
| Estrellas. | 153 |
| El Filósofo. | 157 |
| Recuerdo. | 161 |
| Una Escena de Muerte. | 165 |
| Canción. | 169 |
| Anticipación. | 171 |
| El Prisionero. | 175 |
| Esperanza. | 179 |
| Un día de verano. | 181 |
| A La Imaginación. | 185 |
| ¡Qué Claro Brilla! | 187 |
| Simpatía | 191 |
| Ruega Por Mí. | 193 |
| Auto-Interrogación, | 197 |
| Muerte. | 201 |
| Estrofas A — | 205 |
| Mártir Del Honor. | 207 |
| Estrofas. | 211 |
| Mi Consolador. | 213 |

El Viejo Estoico. 217
I 219
II La Campanilla azul 223
III 225
Sin Título 229
El Viento Nocturno 231
Amor y Amistad 235
La Reprimenda del Anciano 237
El Vagabundo del Redil 239
Advertencia y Respuesta 241
Últimas Palabras 243
La Dama y su Guitarra 245
Los Dos Niños 247
El Visionario 251
Ánimo 253
Estrofas 255
Últimas Palabras de Emily Brontë 257
Epílogo 259

# Prefacio

Por: Charlote Brontë (La hermana).

No habría sido difícil compilar un volumen de los papeles dejados por mis hermanas, si yo, al hacer la selección, hubiera descartado de mi consideración los escrúpulos y los deseos de aquellos cuyos pensamientos escritos contenían estos papeles. Pero esto era imposible: una influencia, más fuerte de lo que podría ser ejercida por cualquier motivo de conveniencia, necesariamente reguló la selección. Por lo tanto, sólo he seleccionado de la masa un pequeño poema aquí y allá. El conjunto no es más que un pequeño ramillete, y el color y el perfume de las flores no son los adecuados para un uso festivo.

Ya se ha dicho que mis hermanas escribieron mucho durante su infancia y niñez. Por lo general, parece una especie de injusticia exponer en letra impresa los crudos pensamientos de la mente inmadura, los rudos esfuerzos de la mano inexperta; sin embargo, me atrevo a dar tres pequeños poemas de mi

hermana Emily, escritos en su decimosexto año, porque ilustran un punto de su carácter.

En esa época fue enviada a la escuela. Su vida anterior, con la excepción de un solo medio año, había transcurrido en el retiro absoluto de un pueblo... una casa parroquial, entre las colinas que bordean Yorkshire y Lancashire. El paisaje de estas colinas no es grandioso, no es romántico, apenas llama la atención.

Largos páramos bajos, oscuros de brezo, encierran pequeños valles, donde un arroyo riega, aquí y allá, una franja de bosquecillo achaparrado. Los molinos y las cabañas dispersas ahuyentan el romanticismo de estos valles; sólo más arriba, en lo profundo de las crestas de los páramos, la imaginación puede encontrar descanso para la planta de su pie: e incluso si lo encuentra allí, debe ser un cuervo amante de la soledad, no una gentil paloma. Si exige que la belleza la inspire, debe traerla innata: estos páramos son demasiado severos para dar un producto tan delicado.

El ojo del observador debe rebosar de una "luz púrpura" lo bastante intensa como para perpetuar la breve floración de agosto en el brezo, o la rara sonrisa de la puesta de sol de junio; de su corazón debe brotar la frescura que, a finales de

la primavera y principios del verano, ilumina el helecho, nutre el musgo y abriga las flores estrelladas que enredan durante unas semanas el pasto de las ovejas del páramo. A menos que la luz y la frescura sean innatas y se mantengan por sí mismas, la lúgubre perspectiva de un páramo de Yorkshire resultará tan desprovista de interés poético como agrícola: allí donde el amor por la naturaleza salvaje sea intenso, la localidad se aferrará quizá con una constancia más apasionada, porque del propio amante de las colinas procede la mitad de su encanto.

Mi hermana Emily amaba los páramos. En los brezales más negros parecían florecer flores más brillantes que las rosas; de una hondonada sombría en la ladera de una colina lívida en su mente podía hacer nacer un Edén.

Encontró en la sombría soledad muchos y entrañables placeres; y el que menos y el que más amaba era: la libertad.

La libertad era el aliento de las fosas nasales de Emily; sin ella, perecía. El cambio de su propia casa a una escuela, y de su propio modo de vida, muy silencioso, muy aislado, pero sin restricciones ni artificios, a uno de rutina

disciplinada (aunque bajo los auspicios más amables), fue lo que no pudo soportar. Su naturaleza demostró ser demasiado fuerte para su fortaleza. Cada mañana, al despertarse, la visión de su hogar y de los páramos se apoderaba de ella y oscurecía y entristecía el día que tenía por delante.

Nadie sabía lo que la aquejaba, excepto yo, que lo sabía demasiado bien. En esta lucha su salud se quebrantó rápidamente: su rostro blanco, su forma atenuada y su fuerza menguante amenazaban con un rápido declive. Sentí en mi corazón que moriría si no volvía a casa, y con esta convicción conseguí que volviera. Sólo había estado tres meses en la escuela, y pasaron algunos años antes de que volviera a aventurarse el experimento de enviarla fuera de casa.

Después de los veinte años, habiendo estudiado mientras tanto sola con diligencia y perseverancia, fue conmigo a un establecimiento en el Continente: el mismo sufrimiento y conflicto que se agravó por el fuerte retroceso de su espíritu recto, hereje e inglés ante el gentil jesuitismo del sistema extranjero y romano. Una vez más pareció hundirse, pero esta vez se recuperó por la mera fuerza de su resolución: con

remordimiento y vergüenza internos, miró atrás a su anterior fracaso y resolvió vencer en esta segunda prueba. Y venció, pero la victoria le costó cara. Nunca fue feliz hasta que llevó sus conocimientos, adquiridos con tanto esfuerzo, de vuelta a la remota aldea inglesa, a la vieja casa parroquial y a las desoladas colinas de Yorkshire. Unos pocos años más, y miró por última vez a esas colinas, y exhaló su último aliento en esa casa, y bajo el pasillo de esa oscura iglesia de pueblo encontró su último y humilde lugar de descanso. Misericordioso fue el decreto que la perdonó cuando era forastera en tierra extraña, y guardó su lecho de muerte con afectuoso amor y agradable constancia.

# Introducción

Por: Gordon McAllister

Siendo un adolescente ya casi terminado de empollar, frisando los 16, leí y lloré la obra magistral de Emily Bronrë, y sufrí lo indecible con la dolorosa narrativa al llegar al clímax del martirio de un amor imposible, con la amargura que se tomaba por asalto las vidas de *Catherine* y *Heatchcliff* en "*Cumbres Borrascosas".*

Quizás a fuerza de recordar algún atardecer sombrío entre nieblas y oscuros nubarrones de un paisaje lluvioso del altiplano colombiano, como los que en ocasiones se ven en la región donde está situada mi finca, en Guasca, Cundinamarca, encuentro alguna similitud con aquel paisaje gélido, martirizado por el viento borrascoso y pincelado de un gris profundo, muy propio de las colinas de *Yorkshire,* en Gran Bretaña y descrito con doloroso realismo por Emily Brontë, tanto en su legendaria obra, "*Cumbres Borrascosas*", como en su poemario, que aquí, en este libro, pretendo revivir y sacar a la luz pública.

No tuvo éxito como escritora en vida y tuvo que usar un masculino pseudónimo para

marcar su obra, pues las condiciones de la época victoriana no permitían que una mujer pudiera destacarse con las letras ni con nada…

Las penurias de una familia como la de los Brontë, acantonada sin remedio en una región olvidada de la campiña británica, en medio de una tragedia signada por la tuberculosis y la desesperanza, fue quizás el escenario precursor para facilitar la presencia de las musas que llevaron a dar luz de vida a una pluma de selecta condición y sublime finura literaria como la de Emily Brontë.

En aquellos años de lejana juventud, no podría decir que me sorprendió la lectura de la obra de Emily, pues la sorpresa no se manifestaba cuando aún estaba presente la capacidad de absorber conocimiento sin sorpresas, pero, pasados casi 56 años, nuevamente la lectura de su obra, esta vez sí me sorprende por lo actual y lo eminente.

Mi mayor respeto por esta obra y por aquella mujer que merece mi mayor reconocimiento.

Gordon McAllister

Nota aclaratoria al libro:

# Poemas de Emily Brontë

Es necesario anotar que Emily Brontë, debido a las restricciones que sufría la mujer en la época victoriana, donde no era bien visto que pudiera manifestarse en público y, de hacerlo, sería condenada al ostracismo, se vio obligada a usar como pseudónimo el nombre de un hombre. El nombre escogido fue:

## Ellis Bell

Debido a lo anterior, Emily plasmó una personalidad masculina en la narrativa de su obra, como si fuera un hombre quien estuviera escribiendo las vivencias y experiencias narradas.

FE Y DESALIENTO
De: Emily Brontë
(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)

—El viento invernal ruge fuerte y salvaje.
Ven aquí, hija mía, acércate.
Deja los libros, suspende el juego sin alma,
y mientras la noche se torna gris,
hablaremos de sus horas melancólicas.
—Ierne—. Allá fuera, en nuestra sala protegida,
las ráfagas de noviembre claman sin eco.
Ni un solo aliento logra penetrar
para agitar siquiera el cabello de mi hija.
Y me reconforta ver el fulgor
brillar en sus ojos como reflejo de estrellas,
y sentir su mejilla, suavemente posada
en calma dichosa sobre mi pecho.
—Y, sin embargo, aun ésta calma
trae consigo pensamientos amargos,
sombras que se cuelan en el resplandor del fuego.
Veo páramos cubiertos de nieve,
sueño con colinas envueltas en bruma,
donde la tarde cae oscura y fría.

Allí, en la soledad de las montañas,
reposan aquellos a quienes amé en tiempos remotos.
Y el corazón me duele en un lamento sin remedio,
agotado de nostalgias vanas,
¡sabiendo que jamás los volveré a abrazar!

—Padre —dijo ella—, en mi infancia
cuando estabas lejos, más allá del mar,
tales pensamientos me dominaban.
Pasaba horas enteras, en noches eternas,
erguida en la almohada, buscando la luna,
esa pálida testigo luchando por abrirse paso en el cielo.

Aguzaba el oído para captar el estruendo
de las olas golpeando la roca —y viceversa—.
Así pasaba, despierta y temblorosa,
sin atreverme al sueño.
Pero la muerte… la muerte no debe temerse.
No como temía tu ausencia, padre.
La tumba es lúgubre, sí,
pero ellos no están allí.

El polvo ya es parte del césped,
y sus almas…
Sus almas están con Dios.
Tú me enseñaste eso…
Y sin embargo, suspiras,
murmuras por la muerte de tus amigos.
¿No es acaso contradictorio?
Si tus palabras son verdad,
¿qué sentido tiene tal lamento?
¿No es tan absurdo como llorar la semilla
que cayó lejos del árbol madre,
pero germinó en tierra fértil,
y brotó hacia un nacimiento glorioso,
echando raíces profundas,
alzando verdes ramas al cielo?
Yo no temeré, ni lloraré,
por aquellos cuyos cuerpos descansan.
Sé que hay una orilla bendita,
que abre sus puertas para mí y los míos.
Y sobre las vastas aguas del Tiempo,
lloro, sí —pero no de tristeza—
sino de anhelo por esa tierra sagrada
donde nacimos…
donde tú y yo nos reuniremos,
libres al fin del dolor y la corrupción,
devueltos a la Deidad.

—Has hablado bien, dulce y luminosa
niña —respondió él—,
más sabia que tu padre.
Las tempestades del mundo fortalecerán tu
deseo,
y tu esperanza —firme, encendida—
cruzará la tormenta y la espuma,
el rugido del océano,
hasta alcanzar la orilla inmutable,
el hogar eterno.

***

ESTRELLAS
De: Emily Brontë
*(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)*

¿Por qué el sol volvió a brillar con júbilo
sobre la Tierra,
habéis huido,
dejando un cielo desnudo y desolado?
Toda la noche, vuestros ojos —radiantes y eternos—
se posaron sobre los míos,
y, con un suspiro de gratitud,
bendije ese instante sagrado.
Yo estaba en paz.
Bebía vuestra luz
como si fuese vida líquida para mi alma,
y me dejaba mecer, cambiante,
entre sueños como un petrel sobre las olas.
Pensamiento tras pensamiento,
estrella tras estrella,
a través de regiones sin frontera,
avanzaban,
mientras una influencia sutil —cercana, lejana—
nos atravesaba y nos volvía uno.

¿Por qué habría de llegar el alba
a romper un hechizo tan grande, tan puro?
¿Por qué abrasar, con fuego inclemente,
la mejilla tranquila donde reposaba vuestro
resplandor?
Rojo como sangre surgió el sol,
y, como un arquero salvaje,
lanzó sus flechas contra mi frente.
El alma de la Naturaleza brotó jubilosa…
pero la mía se hundió,
triste y muda, hacia su abismo.
Mis párpados pesaron,
más a través de su velo
lo vi —ardiente, inmóvil—
bañar de oro el valle brumoso
y prender de luz la colina.
Volví el rostro a la almohada,
anhelando el regreso de la noche,
para ver otra vez tus mundos solemnes de luz
revolotear con mi corazón… y junto a mí.
Todo resplandecía: el techo, el suelo, la
almohada.
Los pájaros cantaban en el bosque,
el viento sacudía suavemente la puerta.
Las cortinas flotaban, las moscas despertaban,
revoloteaban cautivas en la habitación

esperando a que yo me alzara
y les otorgara libertad.
¡Oh, estrellas, y sueños, y noche apacible!
¡Oh noche… oh estrellas… regresad!
Escondedme de esta luz hostil
que no abraza, sino quema;
que seca la sangre del que sufre,
que bebe lágrimas en vez de rocío.
Dejadme dormir bajo su reinado cegador,
y sólo despertar
con vosotras.

***

EL FILÓSOFO
De: Emily Brontë
*(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)*

¡Basta de pensar, filósofo!
Demasiado tiempo has soñado sin luz
en esta cámara sombría,
¡mientras allá afuera arde el sol del verano!
Alma errante por el espacio,
¿cuál es ese triste estribillo
que concluye de nuevo tus cavilaciones?
"¡Oh, por el día en que duerma sin nombre,
sin memoria ni deseo!
Y que la lluvia me empape,
que la nieve me cubra,
sin que nada me importe.
Ni cielo prometido
podría saciar estos impulsos salvajes,
ni infierno alguno doblegar esta voluntad
que no cesa ni se rinde."
Así lo dije,
y aún hoy lo repito.
Y seguiré diciéndolo
hasta el último aliento:

"Tres dioses pugnan dentro de este frágil cuerpo,
día y noche, sin tregua.
El cielo no podría contenerlos a todos,
y sin embargo...
todos habitan en mí."
Y ha de seguir siendo así,
hasta que olvide
quién soy.
"¡Oh, por el instante en que su lucha se extinga!
¡Oh, por la noche definitiva
donde al fin descanse,
y no sufra más!"
Vi un espíritu,
de pie,
justo donde tú estás ahora.
Hace apenas una hora.
Y a sus pies corrían tres ríos,
de igual profundidad,
de idéntico caudal:
uno dorado como la gloria,
otro rojo como la sangre,
y otro azul, puro como el zafiro.

Pero al unirse en su triple abrazo,
se derramaban en un mar negro,
espeso como tinta.
El espíritu alzó entonces su mirada
y la proyectó sobre la noche del océano.
Y de pronto, como un relámpago,
una luz brotó de las aguas…
no blanca como el sol,
sino más blanca,
más viva,
más hermosa
que cualquier fuente de luz que yo haya
conocido.
"Y a ese espíritu,
a ese que vislumbra,
lo he buscado toda mi vida.
Lo he perseguido por cielo, infierno,
tierra y aire.
Una búsqueda sin fin,
siempre errada.
Si tan solo hubiera visto
una vez su ojo encender las nubes
que oscurecen mi razón…
nunca habría lanzado este grito cobarde
de cesar el pensamiento
y anhelar el olvido.

Nunca habría llamado bendito
al descanso sin conciencia.
Ni habría extendido mis manos,
ansiosas, hacia la muerte,
rogando por un sueño sin alma.
¡Oh, déjame morir!
Para que el poder y la voluntad
pongan fin a su duelo.
Que el bien y el mal,
vencidos los dos,
se fundan,
por fin,
en un solo
reposo."

***

RECUERDO

*De: Emily Brontë*

*(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)*

Fría en la tierra…
y la nieve, honda y silenciosa,
amontonada sobre ti.
Lejos, tan lejos,
sepultada en la sombra de la tumba.
¿Te he olvidado,
mi único amor,
desgarrado por la ola inquebrantable del tiempo?
Ahora,
cuando el silencio me envuelve,
ya no vagan mis pensamientos
sobre aquellas montañas del norte,
ni buscan posarse donde el brezo y el helecho
cubren tu noble corazón,
para siempre…
para siempre.
Fría en la tierra…
y quince inviernos salvajes
han barrido aquellas colinas color pardo,
fundiéndose una y otra vez en primavera.

Fiel, en verdad,
es el espíritu que aún recuerda
tras tantos años de mudanza y dolor.
Amor dulce de juventud,
perdona si a veces te olvido,
mientras la corriente del mundo me arrastra
sin tregua.
Otros deseos,
otras esperanzas me cercan,
esperanzas que empañan,
pero no logran herirte.
Ninguna luz posterior iluminó mi cielo,
ninguna segunda aurora brilló para mí.
Toda la dicha que mi vida conoció
me fue dada por la tuya,
y con tu partida
toda esa dicha se sepultó contigo.
Pero cuando los días de los sueños
dorados se extinguieron,
cuando ni siquiera la desesperación
pudo ya destruirme…
Entonces aprendí que se puede
vivir —sostenerse—
sin el auxilio de la alegría.
Contuve las lágrimas inútiles
de una pasión sin destino.

Desteté mi alma joven
del ansia de correr hacia ti,
del deseo ciego
de fundirme con tu tumba,
más mía que tuya.
Y, aun así,
no me atrevo a dejar que el recuerdo se marchite,
ni me atrevo a abandonarme
al fulgor desgarrador de la memoria.
Porque,
una vez que se bebe profundamente
de esa angustia sublime,
¿cómo se vuelve a buscar algo
en este mundo vacío?

***

UNA ESCENA DE MUERTE

*De: Emily Brontë*

*(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)*

—¡Oh, día! —
no puedes morir
cuando brillas con tanta belleza.
Oh Sol, declinando
tan sereno en tu cielo glorioso...
No puedes marcharte aún,
mientras los vientos del oeste
soplan frescos
y tu luz alegre
se posa sobre su joven frente.
Edward… despierta.
La tarde dorada brilla
cálida y radiante sobre el lago de Arden.
Despierta de tus sueños.
Junto a ti, sobre mi pecho,
te imploro,
mi querido amigo…
que te demores una hora más
antes de cruzar ese mar eterno.
Oigo rugir sus olas.
Las veo espumar, altas, furiosas.

Pero ningún atisbo
de una orilla lejana
ha bendecido aún mi fatigada mirada.
No creas lo que dicen
de las islas del Edén.
¡Vuelve!
Vuelve de esa oleada tumultuosa
a la tierra que te vio nacer.
No es la muerte —sino el dolor—
lo que pugna en tu pecho.
No… ¡reanímate, Edward!
¡Despierta otra vez!
¡No puedo dejarte descansar!
Una larga mirada me respondió…
una mirada muda,
repleta de reproche sereno.
Me dolió más que cualquier palabra.
Su silencio me pidió
lo que mis súplicas no podían ofrecerle.
Y entonces,
una calma inesperada
amordazó el grito interno
de mi desesperación.
Ni una señal más de dolor
agitaría mi alma
aquel día terrible.

El sol poniente palideció
en la colina distante.
La brisa del crepúsculo
trajo su paz.
El rocío de verano cayó,
silencioso,
sobre los árboles dormidos,
sobre la cañada,
sobre el claro.
Entonces,
sus ojos comenzaron a apagarse,
como vencidos por un sueño
sin retorno.
Sus pupilas se tornaron opacas,
nebulosas,
como si fuesen a llorar…
Pero no lloraron.
No brillaron.
No se cerraron.
Quietas…
no vagaron,
ni descansaron.
Y supe que moría.
Se inclinó levemente.
Alzó, por última vez,
su cabeza fatigada…

No sentí aliento,
no oí suspiro.
Así supe que estaba muerto.

***

CANCIÓN

*De: Emily Brontë*

*(Versión adaptada al estilo de Gordon McAllister)*

El pardillo canta en los desfiladeros rocosos,
la alondra se eleva en el cielo,
y la abeja zumbante se desliza
entre las campanillas de brezo
que ocultan el sueño de mi bella dama.

Los ciervos salvajes cruzan sobre su pecho,
las aves del bosque anidan junto a ella,
y aquellos a quienes acarició con su risa
han abandonado su soledad.

Tal vez, cuando el oscuro muro de la tumba
selló su forma para siempre,
pensaron que sus corazones
jamás volverían a tocar la luz de la dicha.

Imaginaban que la marea del dolor
habría de fluir, interminable,
a través de todos los años venideros.

Pero dime, ¿dónde está ahora aquella
angustia?
¿Dónde están todas sus lágrimas?
Porque ya luchan por el aliento del honor,
o persiguen la sombra fugaz del placer;
y quien mora en la tierra del olvido
también ha cambiado, también ha sido olvidado.
Y si sus ojos aún se alzaran para llorar,
hasta secar la fuente del sufrimiento,
¡ella, desde su sueño apacible,
no devolvería ni un suspiro!
Sopla, viento del oeste, sobre el túmulo
solitario.
Murmurad, arroyos de verano,
vuestro canto es suficiente —
no hace falta ningún otro sonido
para calmar los sueños de mi dama.

## ANTICIPACIÓN

*De: Emily Brontë*
*Versión adaptada por Gordon McAllister*

¡Qué hermoso sigue siendo el mundo para ti,
tan pleno de promesas, tan leve en su pena!
Tan leve, que ni el verdadero dolor
ni las sombras del temor logran abatirte.
¿Cómo es que la primavera aún te canta sus himnos
y el verano te hace olvidar el aliento frío de diciembre?
¿Por qué atesoras aún los deleites de la juventud
cuando sus días ya se han ido,
y estás más cerca de su flor marchita que de su brote?
Quienes fueron tus pares,
en fortuna y en años,
vieron sus amaneceres fundirse en lágrimas,
y el sol de sus días
velarse tras nubes sin sonrisa.
¡Bienaventurados, si murieron jóvenes,
antes de conocer la herida del extravío!
Pobres almas cautivas,

presas fáciles de pasiones voraces,
esclavos rendidos a su propio fuego...
Yo, en cambio, esperé mientras otros gozaban,
y, cuando la dicha llegó, la esperanza ya había muerto.
Como un niño crédulo que anhela el descanso,
yo abracé el porvenir,
sin saber que el porvenir es solo niebla.
Un espíritu sabio me habló al oído:
"No esperes que la vida calme tus ansias;
no habrá fase alguna del gozo terrenal
que no se disuelva o se vuelva amarga".
Así lo vi, y no perseguí
las flores fugaces del deseo.
Con paso firme y rostro sereno,
me alejé de esa carrera ciega.
Miré más allá de las arenas
donde el oleaje borra cada huella,
y fijé mi ancla en los mares eternos:
allí reposa ahora mi deseo,
en las honduras de la eternidad desconocida.
Y jamás dejará de buscar
lo que aún *ha de ser*.
Es la esperanza, ese sortilegio,
quien embellece para mis ojos maduros

los incontables misterios del mundo,
lo temible y lo bello por igual.
Ella alivia las penas que ya conozco
y mitiga el dolor que siento por otros.
Es ella quien me da fuerza
para soportar lo que me fue dado.
¡Oh esperanza, dulce consoladora!
¿No podré enfrentar, con la frente erguida,
la sombra de la tumba?
¿No podré sonreír al oír las olas
golpear la orilla final?
Sí. Porque si tú me sostienes,
cuanto más cruel parezca el destino presente,
con más júbilo mi alma se alzará,
segura en ti,
anticipando la plenitud del destino que aguarda.

***

## EL PRISIONERO (FRAGMENTO)

*De: Emily Brontë*
*(Versión de Gordon McAllister)*

En las criptas de la mazmorra vagué,
como quien ignora que en las piedras aún
respiran las penas.
"¡Abre esas rejas oxidadas! ¡Vamos, carcelero
sombrío!"
Y aunque no quiso, no osó negarse.
Las bisagras chillaron como si despertaran a los
muertos.
"Están hondamente guardados",
murmuré,
al ver la estrecha cúpula que dejaba pasar apenas
un retazo de cielo, gris y apagado.
Era primavera allá afuera —una primavera
riendo—
pero aquí, solo penumbra.
"Sí, bastante oscuramente guardados",
respondió el guía, con su voz como roca.
Y yo, imprudente en mi juventud,
me burlé del tintinear de las cadenas
sobre losas húmedas y frías:
"¿Tanto temen a tus prisioneros
que deben ser atados y silenciados?"

Entonces ella alzó el rostro,
sereno como un ícono de mármol,
dulce como un niño que aún no ha probado el llanto.
Ninguna arruga de dolor surcaba su frente,
ninguna sombra de pena nublaba sus ojos.
Se tocó la sien con la mano,
y dijo con una voz clara y honda:
"Me han herido, y sí, sufro.
Pero ni acero ni piedra
podrán retenerme por siempre."
El carcelero se rio con desdén.
"¿Y crees que esa esperanza vacía conmoverá a alguien aquí?
Ni tu ruego romperá el corazón de quien manda,
ni el sol hará fluir estas piedras como agua."
Ella sonrió, casi compasiva.
"No me has oído llorar", respondió.
"Cuando me devuelvan la vida que he perdido,
cuando resuciten a los que amé,
entonces lloraré. Pero no antes."
"Mis captores pueden creer que he sido condenada
a una cadena de años sin fin,
a la ruina del alma.
Pero cada noche llega un mensajero —

una promesa oculta en el viento del oeste—
y me ofrece, por esta corta vida,
una libertad eterna."

"Llega en el crepúsculo,
cuando las estrellas tiemblan más espesas en el cielo,
cuando la brisa murmura con tono solemne,
y las visiones llegan, se transforman,
y me matan…
no de dolor, sino de esperanza."

"Es entonces cuando todo ruido cesa,
y la angustia pierde sus garras.
Una música sin sonido me envuelve,
una armonía no compuesta en la tierra."

"Y entonces, lo invisible despierta,
y la verdad se revela.
Ya no soy cuerpo, sino esencia;
ya no soy prisionera, sino viajera."

"¡Ah, pero terrible es el regreso!
Cuando vuelven el oído, la vista,
el latido de un corazón que no quiere seguir.
Y la carne se siente carne otra vez,
y la cadena pesa como nunca."

"Pero no, no cambiaría el tormento.
Porque cada aguijón, cada herida,
me acerca más al salto final.

Sea un fuego o una luz lo que me reciba,
si me anuncia la muerte… entonces es divina."
Y calló.
Y nosotros, sin palabras, dimos la espalda y nos fuimos.
No teníamos poder sobre su destino.
Sus ojos, su mejilla encendida,
gritaban con una calma invencible
que el juicio del hombre
había sido revocado por el cielo.

***

ESPERANZA
*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

La Esperanza no era más que una amiga tímida.
No se atrevía a entrar,
y desde afuera,
junto a la reja de mi celda interior,
se limitaba a observar
el tejido incierto de mi destino,
como hacen los hombres de corazón mezquino.
Temía demasiado.
Una vez, en un día gris de tantos,
me incliné hacia los barrotes,
para verla, para buscar en su rostro una señal.
Pero ella…
ella giró la cara,
como un centinela falso,
como quien promete auxilio y luego huye.
Aun así, en mitad de la lucha,
susurraba una tregua,
entonaba cantos suaves mientras mis lágrimas caían.
Y si la oía con fuerza, si me aferraba a su voz,
ella desaparecía.

No era fiel.
Ni compasiva.
Cuando mis últimas alegrías cayeron al suelo,
como hojas secas de un árbol moribundo,
ni siquiera el dolor —ese viejo conocido—
pudo evitar sentir piedad ante su ausencia.
Las reliquias de mi gozo,
marchitas y esparcidas,
aún podrían haber hallado consuelo en un
susurro de ella.
Solo uno.
Pero no.
La Esperanza extendió sus alas,
y voló hacia el cielo.
Me dejó.
Y jamás regresó.

***

## UN DÍA DE VERANO

*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

En una meseta bañada por el sol, me recosté una tarde de verano.
Era la hora del desposorio entre Mayo y su joven amante: Junio.
El corazón de la madre se resistía a desprenderse de la reina adornada,
pero el padre sonreía con ternura, abrazando a la hija más bella que la estación jamás le dio.

Los árboles ondeaban sus crestas plumosas,
los pájaros entonaban cánticos jubilosos;
y yo —yo era el único invitado sombrío en esa boda de luz.
No había rostro que no deseara esquivar mi expresión ajena al júbilo.
Hasta las rocas grises, fijas, me interpelaban:
"¿Qué haces aquí?"
Y no supe responder.
En verdad, no lo sabía.

Había traído un ojo nublado
para saludar el esplendor general.

Entonces, me retiré a un ribazo solitario
y, abrazado a mi corazón, me entregué al ensueño.
Pensamos juntos:
"Cuando vuelva el invierno,
¿qué quedará de este fulgor?
Todo esto se desvanecerá como una visión vana,
una burla que nunca fue real.
"Los pájaros que hoy celebran,
mañana cruzarán desiertos helados,
espectros de una primavera extinguida,
agonizantes en su travesía.
¿Y por qué habríamos de alegrarnos?
La hoja apenas asoma su verdor,
cuando ya lleva impreso el signo de su caída."
Si eso fue real o simple delirio, nunca lo supe.
Lo cierto es que, tendido en el páramo,
sentí mil fuegos encenderse en el aire,
mil liras de plata vibrar en la distancia.
El aire que respiraba parecía encendido de chispas divinas,
y todo mi lecho de brezo ardía en un resplandor sobrenatural.
Y mientras la tierra vibraba con esa música extraña,

pequeños espíritus luminosos me cantaban, o tal vez soñé que lo hacían:

["¡Oh mortal, mortal, déjalos morir!
Deja que el tiempo los disuelva,
que las lágrimas los arrastren,
para que el cielo pueda derramarse
en júbilo sin fin.

"Que el dolor oprima el pecho,
que la noche oscurezca el sendero;
eso los apura hacia el descanso sin fronteras,
y hacia un día sin ocaso.

"Para ti, el mundo es tumba, desierto,
orilla baldía;
para nosotros, es un florecimiento sin nombre,
que no cesa de crecer.

"Y si levantáramos el velo, si tan solo
permitiéramos
un vislumbre de lo eterno,
te alegrarías por los que viven…
porque viven solo para morir."]

La música cesó.
El sueño del mediodía,
como el de la noche, se desvaneció.
Pero la fantasía, aún hoy,
insiste en creer que fue cierto lo que allí ocurrió.

## A LA IMAGINACIÓN

*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

Cuando, agotado por las penas del día interminable,
y tras el tránsito sombrío de dolor en dolor,
me siento perdido, al borde de la desesperanza,
tu voz dulce me llama,
y acude a mí como un viejo y fiel amigo.
¡Oh, tú, presencia verdadera!
Jamás estoy solo mientras tu susurro me alcance.
El mundo, sin ti, es un desierto sin nombre;
más en tu reino,
donde no se alzan el engaño, la duda ni el odio,
donde la sospecha muere antes de nacer,
yo hallo un refugio que vale el doble que la vida.
Allí tú, la Libertad y yo,
reinamos sin temor, sin mandato, sin cadenas.
¿Qué importa si fuera acechan la culpa,
el abismo y la noche sin fondo?
Si en el pecho guardamos un cielo sereno,
cálido con mil fuegos que no conocen invierno,
¡entonces no hay derrota que nos toque!
La Razón puede alzar su voz
quejumbrosa,

puede señalar la miseria de lo real
y decirnos que todo sueño es inútil —
que el corazón que sueña está condenado a sangrar.
La Verdad, severa, puede marchitar las flores
recién abiertas de la Fantasía,
pisoteándolas con sus botas de plomo…
Pero tú —tú nunca te ausentas.
Tú devuelves la visión,
tú reanimas la primavera que murió,
y soplas vida nueva en las cenizas del alma.
Tú murmuras, con voz de estrella,
que existen mundos tan reales como tú,
tan brillantes, tan vastos,
que la muerte no puede tocar sus confines.
No, no deposito mi fe en la dicha ilusoria.
Pero cuando llega la tarde,
y el silencio me abraza con su manto,
yo te recibo con gratitud profunda,
¡oh Poder Benigno!
Solucionador de las penas humanas,
consuelo secreto de los desesperados,
¡más dulce que la esperanza cuando la esperanza ya no basta!

***

## ¡QUÉ CLARO BRILLA!

*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

¡Qué claro brilla! Qué quieto me tiendo
bajo su luz que todo lo vela;
el cielo y la tierra me murmuran al oído:
"Duerme en sueños esta noche…
mañana, despierta con la estrella."
Sí, acude, Fantasía, hada amada,
besa estas sienes que laten con fiebre,
inclina tu manto sobre mi lecho solitario,
y tráe*me paz,
y tráeme gozo.
El mundo se va...
¡Mundo oscuro, adiós!
Escóndete en la sombra hasta que llegue el alba;
porque este corazón que no te pertenece,
ha de resistirte,
aunque insistas en quedarte.
Tu amor no me tienta,
y tu odio apenas arranca una sonrisa;
puedes herirme con tus penas,
puedes desgarrarme con tus agravios,
pero jamás me engañarás con tus mentiras.

Mientras las estrellas resplandecen
sobre mí, en ese cielo inmóvil,
me asalta un deseo profundo:
que todo el dolor que sufre la Creación
esté encerrado sólo en ti.

Y ese será mi sueño esta noche:
pensaré que el cielo de esferas gloriosas
rueda en su danza de luz perpetua,
en un júbilo sin final,
a través de los siglos sin fin.

Pensaré que hay un mundo más alto,
donde la sabiduría no se burla del amor,
ni la virtud se arrodilla ante la infamia;
donde el que sufre no ha de sonreír
mientras se desangra por dentro,
ni medir su paciencia contra el odio,
ni fingir calma cuando su alma se rebela.

Donde el placer no lleva al mal,
ni la razón grita en vano,
ni la verdad es débil,
ni la traición triunfa.

Donde la alegría no desemboca en el
dolor,
ni la paz es letargo de la pena,
ni la esperanza un espectro sin cuerpo,
ni la vida una tarea hueca y fugaz,

ni la muerte —¡oh, la muerte! —
la déspota de todas las cosas.

***

SIMPATÍA
*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

No debe haber desesperación para ti,
mientras las estrellas ardan en la noche;
mientras la tarde vierta su rocío silente,
y el sol abrace la aurora con su luz.
No debe haber desesperación,
aunque las lágrimas fluyan como un río:
¿no están los amores más fieles del tiempo
rodeando tu alma por siempre?
Ellos lloran, tú lloras;
así ha de ser.
Los vientos suspiran como tú suspiras,
y el invierno derrama su pena en la nieve
donde yacen las hojas del otoño.
Sin embargo, ellas resurgen.
Y de su destino no puedes escindirte.
Sigue, pues, tu camino —
no alegre tal vez—
pero jamás con el corazón vencido.

## RUEGA POR MÍ

*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

¡Oh, tus ojos brillantes deben hablar
ahora!
Cuando la razón, con su frente altiva,
se burla de mi ruina.
¡Que tu dulce lengua abogue por mí!
Y diga por qué, entre todos,
te he elegido a ti.
La severa razón baja para juzgar,
vestida de sombras y formas frías.
¿Permanecerás callado, defensor mío?
No.
Ángel resplandeciente, habla por mí,
y di por qué deseché al mundo.
Por qué, en vez de seguir los senderos del
resto,
me aventuré por uno extraño,
ajeno al oro y al poder,
a la corona de la gloria,
y al perfume efímero del placer.
Esos dones, en otros tiempos,
me parecieron celestiales.

Quizás, incluso, escucharon mis votos,
y vieron mis ofrendas en su altar.
Pero los dones dados sin pasión
pocas veces son bienvenidos;
y los míos,
fueron justamente despreciados.
Así, con el alma resuelta,
juré no volver a arrodillarme
ante su piedra fría.
Y en su lugar,
entregué mi espíritu a adorarte a ti,
presencia esquiva,
mi esclavo,
mi camarada,
mi rey.
Esclavo, porque aún yo te domino,
te obligo a inclinarte a mi voluntad cambiante,
y a teñir con tu influjo lo bueno o lo vil.
Camarada, porque de día y de noche
eres mi secreto regocijo:
mi dulce dolor que hiere y rasga,
y me arranca lágrimas benditas
al dejarme vacío de lo terrenal.
Y rey…
aunque la prudencia haya enseñado
a tu súbdito a rebelarse.

¿Me equivoco al adorar
donde ni la fe duda,
ni la esperanza se rinde?
¿Puede acaso mi alma concederme
lo que mi corazón implora?
¡Habla, dios de las visiones!
¡Defiéndeme!
¡Y di por qué te he elegido!

***

## AUTOINTERROGACIÓN

*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

La tarde se esfuma rápidamente.
Ya casi es hora de descansar.
—¿Qué pensamientos te ha dejado el día extinguido?
—¿Qué sentimientos arden aún en tu pecho?
—¿El día que se fue? Deja un sabor a obra incompleta,
una cosecha mínima tras un gasto inmenso...
una vaga pena, nada más.
—El Tiempo se detiene
ante el umbral de la Muerte,
y se quiebra en su lentitud amarga.
La Conciencia, incansable,
me derrama su reproche oscuro.
Y aunque le grité que miente,
y al Tiempo que no me condene,
el Arrepentimiento empaña mi mirada
y me rindo, al fin, ante ambos.
—¿Entonces deseas el descanso?
¿Anhelas dejar el mar embravecido
y anclar tu carga en la quietud
de la eternidad?

—Nadie llora tu partida.
Ninguna voz pronuncia un adiós.
Y donde tu corazón ha sufrido tanto,
¿realmente deseas quedarte?
—¡Ay! Los lazos son fuertes,
nos atan con firmeza a esta arcilla.
El alma que ama
se aferra con fiereza,
y no partiría si pudiera.
—El descanso es dulce
cuando la fama victoriosa corona al soldado.
Pero un corazón valeroso,
con su nombre mancillado,
preferiría seguir luchando… que dormir.
—Has combatido durante años,
has combatido toda una vida.
Has humillado a la mentira,
has pisoteado el miedo.
¿Qué más queda por hacer?
—Es cierto.
Este brazo luchó con furia.
Se atrevió donde pocos se atreven.
Mira la tumba que te espera:
allí duerme tu último,
tu más implacable enemigo.

No es cobardía llorar
si ese descanso parece pena.
La larga guerra termina en derrota,
una derrota serenamente llevada.
Y aun así,
tu medianoche puede ser dulce...
y el amanecer, glorioso.

***

MUERTE
*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

¡Muerte…!
Tú que golpeaste justo cuando más confiaba,
cuando creía firme
que la alegría aún venía en camino…
¡Golpea de nuevo!
Rama marchita del tiempo,
que se desgaja de la raíz fresca
de la eternidad.
Sobre esa rama del tiempo
las hojas brillaban, llenas de savia,
coronadas de rocío de plata.
Cada noche los pájaros buscaban su abrigo.
Las abejas silvestres la rondaban,
seducidas por sus flores encendidas.
El dolor pasó,
y arrancó la flor dorada.
La culpa vino,
y despojó de orgullo su follaje.
Pero en el seno eterno de su origen
fluía todavía la corriente viva,
restauradora,

silenciosa,
indetenible.
No lloré demasiado por la alegría perdida,
por el nido vacío
o la canción silenciada.
La esperanza seguía allí,
y me sacó de la pena,
susurrándome:
"El invierno no durará."

Y he aquí que, con una bendición
diez veces más brillante,
la primavera volvió,
cargada de gloria y de rocío.
El viento, la lluvia, el sol ardiente,
todo conspiró para engrandecer
ese segundo mayo.
Se alzó entonces…
tan alto,
que ni la pena con alas pudo tocarla.
El pecado la miraba desde lejos,
asustado por su fulgor.
El amor,
y su propia alma,
la protegían de todo mal…

de todo,
salvo de ti.
¡Muerte cruel!
Las hojas jóvenes caen, se marchitan,
y el aire suave de la tarde puede aún devolverles
la vida…
Pero no esta vez.
No para mí.
El sol de la mañana se burla de mi duelo.
El tiempo, para mí,
no volverá a florecer jamás.
Que otras ramas broten
donde creció aquel árbol truncado.
Que de su cuerpo muerto
surja alimento para aquello
de donde todo proviene:
la eternidad.

***

ESTROFAS A
*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

Algunos te odiarán,
otros te despreciarán,
otros simplemente borrarán tu nombre…
Pero mi corazón,
triste aún en su madurez,
llorará siempre tus esperanzas arruinadas,
tu fama mancillada.
Así pensaba,
hace apenas una hora,
llorando por la suerte de ese desdichado...
Una palabra, una sola,
bastó para detener el río de mis lágrimas,
y encender en mis ojos
el fuego helado del desprecio.
Entonces exclamé, casi con alivio:
"¡Bendito sea el polvo amigo
que oculta tu cabeza sin luto!
Tan vano como eras,
y tan débil como vano —
esclavo de la mentira, del orgullo,
y del dolor —
nada hay en ti

que se parezca a mi alma.
Tu espíritu no tiene poder sobre el mío."
Pero esos pensamientos…
también se desvanecieron.
Eran necios,
impíos,
y falsos.
¿Debo despreciar al ciervo tembloroso
solo porque sus patas ceden al miedo?
¿Burlarme del aullido del lobo moribundo
por su cuerpo flaco y vencido?
¿Acaso escucharía con gozo
el grito del lebrato,
solo porque no supo morir con valentía?
¡No!
Entonces deja que el corazón de la Piedad
vuelva a alzarse,
y diga en voz clara:
"Tierra, recuéstate con dulzura sobre su pecho,
y tú, Cielo bondadoso, concede a su alma
el descanso."

***

## MÁRTIR DEL HONOR

*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

La luna está plena en esta noche de invierno.
Pocas estrellas brillan,
pero su luz es clara…
Cada ventana resplandece con hojas de escarcha,
como si el mundo entero hubiera sido tallado en hielo.
La dulce luna se filtra por entre tu celosía,
y convierte tu habitación en un remanso de día,
donde duermes,
sosegada,
protegida por tus sueños.
Mientras tanto,
yo vago —
sin descanso,
sin esperanza,
con la angustia clavada en el pecho
como una daga que no sangra.
El viejo reloj del vestíbulo
marca cada hora con ecos fúnebres,
y en cada tic
la noche parece más larga…

Oh, ¡qué lenta cruza esa estrella gris el cielo helado!
¡Y qué lejos la aurora,
qué lejos…!
Estoy aquí,
frente a tu puerta cerrada.
Amor, ¿sigues durmiendo?
Mi corazón helado apenas late ya bajo mi mano,
como si presintiera la tumba de lo que no puede ser.
El viento del este solloza afuera,
con gemidos lúgubres que ahogan la campana de la torre,
cuyo sonido,
confuso,
muere sin eco —
como mi despedida.

Mañana vendrá la vergüenza,
y con ella el desprecio.
Mi nombre será pisoteado,
marcado como el del cobarde,
el traidor,
el que rompió el juramento…

Los falsos amigos burlarán con sonrisas
sucias;
los verdaderos desearán mi muerte;
y tú…
derramarás lágrimas que nunca debiste conocer.
Los crímenes de mis ancestros —esa raza
proscrita—
resplandecerán, entonces,
como virtudes
al lado del mío.
Porque ¿quién perdona la infamia
de la traición?
La rebelión puede llamarse justicia
si la libertad la guía.
La venganza puede empuñar una espada
con manos nobles.
Pero el traidor…
¡el traidor!
—esa palabra
nausea todo pecho honesto.
Daría mi corazón a la muerte
para conservar mi honor intacto.
Pero mi fe,
mi verdad interior,
mi nombre limpio…
¡eso no lo vendo!

Ni siquiera por ti,
ni por tu amor sin precio,
me atrevo, amada mía,
a engañar.
Si alguna vez esta traición llega a probarse,
entonces,
y solo entonces, créelo.
Hasta entonces,
sé que el sendero está ante mí —
y lo seguiré sin temblar,
aunque me hunda en abismos.
Que me persigan los enemigos,
que los aliados duden de mí,
que todos me den la espalda…
Prefiero ser falso a los ojos del mundo,
si puedo seguir siendo fiel
ante los míos.

***

ESTROFAS
*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

No lloraré por tu partida.
Nada queda aquí que merezca lágrimas.
Este mundo oscuro me dolerá el doble
si allá donde vas tu corazón ha de sufrir.
No lloraré,
porque incluso el verano más glorioso
termina envuelto en tristeza;
y toda historia,
por dichosa que sea,
se cierra siempre con una tumba.
Ya estoy cansado…
Cansado del tormento que traen los inviernos
sin fin,
cansado de ver las almas
marchitarse en años que no dan fruto,
en esperas huecas,
en esperanzas muertas.
Y así,
si alguna lágrima se escapa de mí
en la hora en que mueras,
no será por tu ausencia…

Será
porque mi alma
también anhela
irse contigo
al descanso.

***

## MI CONSOLADOR

*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

Bien lo has dicho.
Pero no has traído a mí
nada nuevo, ni extraño.
Tan solo has despertado un pensamiento
dormido,
un rayo tibio escondido bajo la nube,
esperando su momento
para brillar en mi conciencia.
Muy dentro,
en el recodo más oculto de mi alma,
esa luz ha estado siempre:
invisible a los hombres,
inalcanzable al juicio,
pero constante.
Aunque las sombras rueden sobre mí,
aunque la tormenta me sacuda,
ella no se apaga.
¿Y no me dolía
caminar solo
tantos años
por estos parajes sombríos?

Rodeado de lamentos —
algunos disfrazados de himnos,
otros gritando su miseria
en un delirio sin fin.
Eran mis hermanos en el sufrimiento,
sus sonrisas, gemidos disfrazados.
Su locura
rozaba mi cordura,
y cada día me arrancaba
una nueva duda
con garras de espanto,
incluso ante la dicha.
Así viví:
con la luz del Cielo sobre mi frente,
y el eco del Infierno bajo mis pies.
Mi espíritu bebía ambos tonos,
la melodía de los ángeles
y el gemido de los condenados.
Y lo que eso dejó en mí,
solo mi alma,
mi alma desnuda,
podría explicarlo.
Eres como el aire dulce
que llega sobre un mar enfurecido.
Como el viento del deshielo

que, sin decir palabra,
disuelve la nieve en un campo olvidado.
No…
nada se parece del todo a ti,
mi silencioso y fiel Consolador.
Di una palabra más.
Apaga el fuego agrio que aún arde.
Amansa este corazón en guerra consigo mismo.
No busques otra señal
de lo que tu voz ha causado…
Solo deja que esta lágrima
—única, honda y silenciosa—
hable por mí.

***

EL VIEJO ESTOICO
*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

Poco estimo la riqueza,
y del amor me río
con el desprecio de quien ha visto demasiado.
La sed de fama fue un sueño fugaz,
que se disolvió al amanecer.
Y si aún elevo una plegaria —
una sola,
breve como un suspiro —
es esta:
"Quita de mí este corazón que llevo,
y dame libertad."
Sí,
a medida que mis días raudos
se acercan a su término,
eso es lo único que pido:
Un alma sin cadenas,
que viva y muera
con el valor
de resistir.

***

En este poema, Emily manifiesta:

*Las siguientes piezas fueron compuestas al anochecer, en el aula de la escuela, cuando el ocio de la hora del recreo vespertino traía de vuelta, en plena marea, los pensamientos del hogar.*

I.
*De: Emily Brontë*
*Versión de Gordon McAllister*

Un rato, solo un rato,
la carga queda atrás,
y puedo cantar — sonreír también —
mientras dura el respiro fugaz.
¿Adónde irás, corazón asediado?
¿Qué escena, qué imagen te llama?
¿Qué lugar, cercano o remoto,
te ofrece descanso, frente cansada?
Hay un sitio entre cerros estériles,
donde el invierno aúlla y la lluvia golpea;
mas, aunque hiela la tormenta sombría,
una llama secreta aún calienta.
La casa es antigua, los árboles desnudos,
la cúpula del crepúsculo sin luna se inclina;

pero dime, ¿qué hay en la tierra
tan querido como el hogar del hogar?
El ave muda posada en la piedra,
el musgo que escurre sobre el muro,
los espinos mustios, los senderos vencidos —
¡los amo! ¡cómo los amo todos!
Y mientras meditaba en la estancia
despojada,
la ajena luz del fuego se extinguió;
y de la sombra muda y desolada
pasé a un día claro, limpio, vivo.
Un carril verde se abría
hacia un páramo en calma extendido;
a lo lejos, montes azules soñaban,
coronando el mundo en olvido.
Cielo tan puro, tierra en reposo,
aire dulce, sosegado, leve;
y profundizando aquel hechizo onírico,
ovejas salvajes pastaban, sin jefe.
Conocía bien la escena y su andar,
la huella turbia del sendero,
que en espirales seguía el azar
de las ovejas y su destierro.
Una hora bastaba —
habría valido una semana entera;

pero la Verdad desterró la Fantasía,
y el peso del deber se impuso como fiera.
Aun con los ojos fijos,
embriagados en aquel encanto silente,
mi hora de reposo se deshizo,
y volvieron el trabajo, la esclavitud, la mente.

***

## II. LA CAMPANILLA AZUL
(The Bluebell).
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

La campanilla es la flor más dulce
que ondea en el aire del estío:
sus pétalos tienen el poder
de aliviar las penas de mi alma.

Hay un hechizo en el brezo púrpura,
demasiado salvaje, tristemente amado;
la violeta exhala su aliento fragante,
pero su perfume no alegra el corazón.

Los árboles desnudos, el sol es frío,
y rara vez, rara vez se deja ver;
los cielos han perdido su oro,
y la tierra su manto de esmeralda.

El hielo extiende su sombra
sobre el curso lento del arroyo;
y valles y colinas lejanas
se visten de bruma helada.

La campanilla ya no me hechiza,
el brezo ha perdido su floración;
ni siquiera las violetas del cañaveral
ofrecen ya dulzura en su aroma.

Mas, aunque llore por la campanilla azul,
sé que es mejor que esté lejos;
porque ¡ay!, mis lágrimas se desbordarían
si la viera sonreír hoy.

Porque, ¡oh!, cuando el sol débil se cuela
por un cielo tan gris y sombrío,
y dora con su luz pasajera
la humedad de una vieja pared...

¡Cómo lloro, cómo anhelo
el tiempo de las flores volver!
Y aparto la mirada de ese brillo fugaz
para llorar por los campos del hogar.

***

III.
De: Emily Brontë
Versión de Gordon McAllister

Fuerte, sin el viento, rugía a través del cielo otoñal.
Empapada, la fría lluvia que caía hablaba de la proximidad del invierno.
Demasiado parecido a aquella lúgubre víspera, se afligió mi espíritu exiliado.
Afligido al principio, pero afligido no mucho tiempo, dulce... ¡qué suavemente dulce!
Palabras salvajes de una canción antigua, indefinida, sin nombre.
"Era primavera, y la alondra cantaba". Esas palabras despertaron un hechizo.
Abrieron una fuente profunda, cuyo manantial ni la ausencia ni la distancia pueden apagar.
En la penumbra de un noviembre nublado pronunciaron la música de mayo; encendieron la brasa perecedera en fervor que no podía decaer.
¡Despierta! Sobre todo, mi querido páramo,
Viento del Oeste, ¡en tu gloria y orgullo!
Llámame desde el valle y la llanura para que camine junto al torrente de la colina.
Se hincha con las primeras. Las rocas están

heladas y escarchadas.
Y ondea hoscamente el largo brezo.
Y las hojas del helecho ya no están soleadas. No hay estrellas amarillas en la montaña. Las campanillas hace tiempo que murieron.
Desde el borde de la fuente cubierta de musgo... desde el lado de la braza invernal.
Pero más hermoso que los campos de maíz ondeando en esmeralda, vermeil y oro,
son las alturas donde ruge el viento del norte, y los riscos por donde anduve antaño.
Era por la mañana: el sol... con qué dulzura me trajo a la memoria
el tiempo en que ni el trabajo ni el sueño rompían el sueño de los felices y libres.
Pero alegremente nos levantamos, mientras el cielo del amanecer se fundía en ámbar y azul,
y rápidas fueron las alas que dimos a nuestros pies al atravesar los prados de rocío.
¡Por los páramos! ¡Por los páramos, donde debería yacer la hierba corta como terciopelo bajo nosotros!
¡Por los páramos! Por los páramos, donde cada alto paso se alza soleado contra el cielo despejado.
A los páramos, donde el pardillo trinaba su

canto en la vieja piedra de granito;
donde la alondra, la salvaje alondra del cielo,
llenaba cada pecho con un deleite como el suyo.
¿Qué lenguaje puede expresar el sentimiento que se levantó,
cuando, en el exilio lejano, en la cima de una colina solitaria, arrodillado, vi crecer el brezo pardo...?
Estaba dispersa y atrofiada, y me dijo que
pronto incluso eso desaparecería.
Susurraba: "Los sombríos muros me envuelven.
He florecido en mi último sol de verano".
Pero no la música amada, cuyo despertar hace el alma de los suizos,
tiene un hechizo más adorado y desgarrador
que, para mí, en ese brezal asolado, yacía.
El espíritu que se doblegaba bajo su poder...
¡cómo anhelaba, cómo ardía ser libre!
Si hubiera podido llorar en esa hora, esas
lágrimas habrían sido el cielo para mí.
Bien, bien... los tristes minutos se mueven,
aunque cargados de problemas y dolor.
Y alguna vez, el amado y el amante... ¡se encontrarán de nuevo en las montañas!

***

Poema de Emily Brontë
SIN TÍTULO
Versión de Gordon McAllister

¿Ya no sueña tu alma con la tierra,
oh solitario soñador de antaño?
¿Porque la pasión calla,
se marchita también la voz de la naturaleza?
Tu mente vaga aún, errante,
por regiones sombrías y mudas para ti.
Recuerda —¡ay, recuerda! —
lo vano de tus desvíos,
y vuelve… vuelve a mí.
Sé que mis brisas de montaña
acarician tus sienes y calman tu pena;
sé que mi sol te agrada,
aunque tú, caprichoso, quieras negarlo.
Te he visto cuando el día se funde
con el fulgor dorado de la tarde:
he visto a tu espíritu inclinarse,
casi en adoración.
Te he contemplado cada hora.
Conozco el embrujo de mi influjo,
el poder secreto que tengo
para arrancar de tu pecho las penas.

Pocos corazones hay en esta tierra
que anhelen lo salvaje como el tuyo;
y pocos pedirían un cielo
tan semejante a esta tierra.
Déjame entonces ser tu compañera,
deja que mis vientos te envuelvan.
Si nada más te retiene,
regresa… y habita conmigo.

***

## EL VIENTO NOCTURNO

*De Emily Brontë*
*Versión estilizada por Gordon McAllister*

Era medianoche de verano.
Una luna sin nubes descendía su resplandor
por la ventana abierta del salón.
Los rosales, cubiertos de rocío,
exhalaban su perfume al silencio.
Yo meditaba a solas.
El viento jugaba con mis cabellos,
y susurraba palabras antiguas,
como si el cielo, en su altura,
y la tierra, en su sueño,
le confiaran un secreto.
No precisaba su aliento
para recordar la hermosura de este mundo,
pero aún así él hablaba,
bajo y quedo,
como si temiera despertar a los muertos:
"Escucha – me decía –,
el bosque será oscuro
y mis hojas murmurarán
como sueños que nadie recuerda;
sus voces – innumerables –
están llenas de alma."

Le respondí con gentileza:
"Vete, cantor sin cuerpo,
tu música es dulce, pero no puede alcanzarme.
Juega con la flor abierta,
con el ramaje dócil de los árboles jóvenes.
Déjame a mí
en mi humana melancolía."
Mas él no se fue.
Besó con más calor mis mejillas
y volvió a susurrar:
"¡Oh, ven! – su voz era un anhelo –,
te he de ganar contra tu voluntad.
¿No hemos sido amigos desde la infancia?
¿No me amaste en la noche solemne,
cuando el silencio me prestaba su canto?
Y cuando tu corazón duerma
bajo la piedra del cementerio,
yo lloraré por ti,
y tú estarás solo…"
Entonces el viento se tornó vendaval,
y despertó algo dormido en mi interior.
¡Ay! Qué llama roja,
rápida e intensa,
se alzó desde lo profundo.
"Lo sé – murmuró el viento –
por el temblor de tu voz,

por la fiebre en tu rostro,
por la mirada que apenas sostienes…
Sé cómo la fantasía juega contigo.
Ese viento – continuó –
ha barrido el mundo,
ha borrado su memoria de tu mente
como la espuma lo hace en la marea.
Y ahora tú eres más que carne:
eres un espíritu que habita el todo.
En el trueno,
en el susurro,
yo reconozco tu presencia.
Eres esencia de la vida,
liberada de toda prisión.
Cuando tu pecho se enfríe,
cuando tu carne vuelva al polvo,
tu alma subirá
como humo entre las nubes.
La naturaleza profunda será tuya,
su aliento, tu aliento,
su espíritu, el tuyo.
Mortal, sí…
Pero quien ha vivido así,
jamás podrá morir."

***

AMOR Y AMISTAD
De: Emily Brontë
*Versión adaptada por Gordon McAllister*

El amor es como la rosa silvestre:
bello, indómito, ardiente en su fragancia efímera.
La amistad, en cambio, se parece al acebo:
discreto, firme, perenne en su verdor.
Cuando florece la rosa,
el acebo se oculta en la sombra,
pero… ¿cuál de los dos permanece
cuando el invierno sacude los campos?
La rosa silvestre embriaga en primavera,
y su perfume embellece el aire del verano;
oh, ¡quién podría negar su hermosura fugaz!
Pero el brezo que resiste la escarcha
no canta para agradar: simplemente sobrevive.
Por eso, no codicies la corona de rosas,
ni te engalanes con su esplendor pasajero.
Elige, en cambio, el modesto resplandor del acebo,
para que, cuando diciembre bese tu frente,
una guirnalda viva aún ciña tu memoria.

***

## LA REPRIMENDA DEL ANCIANO

*De Emily Brontë*
*(Versión adaptada por Gordon McAllister)*

—¡Escucha! —dijo—, cuando tu cabello,
como el mío,
se cubra de un tinte de plata,
cuando tus ojos, antaño vivaces,
vean con desgano las burbujas de la vida,
y hayas cargado, como yo,
el cansancio de los sesenta y tres inviernos,
entonces pagarás la penitencia
por esas horas que tan salvajemente
desperdicias.

Las palabras que ahora se te escurren
como agua
serán algún día profundamente meditadas...
¡y aprobadas al fin!
Pero para entonces su virtud se habrá marchado.

—Glorioso es el premio del deber,
aunque sea un poder severo;
traicioneros son todos los señuelos de la belleza:
capullo espinoso, flor envenenada.

La alegría no es sino una dulce seducción
que disuelve el oro del tiempo;
y el amor, un meteoro maldito,

que arrastra pies despreocupados
hacia los abismos del crimen.
Quien sigue los placeres de la tierra
jamás será guiado por el saber celestial;
la sabiduría esconde sus tesoros al necio,
la virtud le cierra el paso sin piedad.
En vano buscará el alma arrepentida
auxilio para sus últimos años:
la sabiduría, despreciada, no concede tregua;
la virtud no se compra con temores.
Así habló el anciano de sangre helada.
Y el joven, sonriendo, se dio media vuelta,
y volvió al llamado de una melodía alegre,
despertada por el toque resplandeciente del
placer.
Nunca conoció maestro más amable:
el infortunio, pensaba él,
nunca sería hijo de aquel predicador.

***

## EL VAGABUNDO DEL REDIL

*Versión adaptada de Gordon McAllister*

¡Qué pocos de todos los corazones que
alguna vez te amaron,
hoy lloran tu ausencia!
¿Y por qué el mío, esta noche,
habría de estremecerse con un dolor tan
profundo?
Tan a menudo, cuando permanezco en
silencio,
cuando mis pensamientos vagan sin testigos,
regresa de pronto una palabra suya,
un eco fugaz de tu historia extraña.
A veces me pareces resucitar,
como un niño glorioso y pleno de luz;
todas las virtudes de tus ojos,
que honraban al hombre sin buscar recompensa:
el coraje, la verdad, un pecho noble donde
habitaba un sol sin sombras.
Eras, simplemente, bendición.
Como un día de verano.
¡Ah, desplegaste tus velas temprano!
Y fresco, puro, libre, fue el primer soplo del
viento que impulsó tu ola hacia la vida.
¿Por qué, entonces, el piloto, tan confiado,

cerró los ojos al espesor del mar,
y entregó su nave
a la guía caprichosa del placer?
Bien sabía cuán oscuros eran los peligros,
cuántas brumas podían alzarse súbitas,
cuántas rocas afiladas,
cuántos bajíos traicioneros
se interponían entre él y su puerto.
Ni el mismo resplandor del sol,
ni el fulgor del horizonte,
ni el viento que lo arrastraba, desbordado,
deberían haberle engañado.
Yo, desde la orilla,
observaba angustiado la espuma creciente
y lloraba tu destino,
porque nada pude hacer para salvarte.
No —nadie lo recuerda ya. Todo ha terminado. Y, sin embargo, mi corazón aún te llora, aunque amigo y amante te hayan olvidado.

***

## ADVERTENCIA Y RESPUESTA

*De: Emily Brontë*
*Versión adaptada de Gordon McAllister*

—En la tierra… en la tierra serás
depositado—
dijo con voz hueca—.
Una piedra gris te señalará,
el moho negro se extenderá bajo tu cuerpo,
el mismo moho cubrirá tu frente inerte.
—Está bien… allí hallaré descanso—
respondí sin temor—.
Pronto llegará ese día profetizado,
cuando mis cabellos dorados
se entrelacen con las raíces de la hierba.
—Pero frío… frío es ese lecho,
tan alejado de la alegría y la libertad—
replicó con tono grave—.
Quienes amaron tu rostro encendido de vida
se apartarán temblando al ver tu sepulcro.
—No es así. Aquí el mundo ya es frío,
y los amigos que juraron permanecer
se alejan sin mirar atrás.
Allí, al menos, me retendrán,
y tal vez honren mi memoria.

Adiós, entonces,
a todo ese amor,
a toda esa falsa simpatía.
Sigue durmiendo.
El cielo se ríe allá arriba;
la tierra, impasible,
no notará tu ausencia.
Hierba y lápida sombría
se apartan del bullicio humano.
Aquí, solo un corazón se rompe…
pero ese corazón,
¡ese sí era digno de ti!

***

ÚLTIMAS PALABRAS
De: Emily Brontë
*Versión adaptada por Gordon McAllister*

No sabía que fuese delito tan grave
pronunciar la palabra "adiós".
Mas esta será la única vez
que mis labios o mi corazón la exijan.
Aquella colina agreste,
aquella mañana de invierno,
el árbol viejo de ramas retorcidas...
Si despiertan en tu pecho desprecio,
despertarán lo mismo en el mío.
Puedo olvidar esos ojos oscuros,
esas cejas marcadas,
y esos labios,
cuyo falso hechizo ya no me engaña,
si tú olvidas los votos sagrados
que esos mismos labios alguna vez formaron.
Si el mandato áspero logra domar tu
afecto,
si muros de piedra logran retenerlo,
no me afligiré por algo tan vano
ni por un amor tan frío y falaz.
Pues hay pechos unidos al mío
por lazos que el tiempo ha puesto a prueba.

Y hay ojos cuya luz centelleante
me ha bendecido desde siempre.
Esos ojos serán ahora mi único día,
liberarán mi espíritu encadenado,
y ahuyentarán —como ráfagas firmes—
los pensamientos necios que aún lloran tu
memoria.

***

LA DAMA A SU GUITARRA
De: Emily Brontë
*Versión de Gordon McAllister*

Por aquel que una vez pulsó tus cuerdas extrañas,
ya no se estremece este corazón dormido;
¿por qué entonces vienes, vieja guitarra,
a despertar los ecos de un espíritu herido?
Es como si la tibia luz del sol,
quedase suspendida en alguna hondonada oscura,
mientras nubes de tormenta o sombras de la noche
ocultan a lo lejos el astro que la alumbra.
Es como si el arroyo de cristal y canto
aún murmurase entre sauces fantasmas,
aunque el hacha del leñador, hace ya años,
convirtió en polvo las hebras de sus dríadas.
Y, sin embargo, guitarra, ese tono
encantado ha rozado la lágrima dormida en el alma; ha hecho gemir al viejo torrente,
aunque su fuente… esté seca y callada.

***

LOS DOS NIÑOS
De: Emily Brontë
*Versión adaptada por Gordon McAllister*

Pesada cuelga la gota de lluvia del follaje cargado,
la bruma húmeda se adensa sobre los montes lejanos.
El cielo, apagado, pesa en su mutismo;
el mar rueda lento y gris;
y el joven corazón late, solitario,
bajo un árbol sin promesa.
Jamás un trazo azul rasgó las nubes desde el alba;
jamás una sonrisa le ofreció el destino desde su nacimiento.
El ceño del mundo se posó sobre su cuna,
y la niñez creció sin ángel que la velara,
sin júbilo que la abrazara.
El día pasa veloz,
pero su luz es pálida y breve.
La infancia triste se funde
con una juventud aún más sombría.
Como flores que suplican al sol antes de cerrarse,

reza, sin saberlo,
esa rosa humana sin sol.
Brote al que nunca cortejó el soplo del oeste,
sin perfume, sus pétalos;
y su rocío, tan frío como la nieve.
Alma sin eco ni reflejo,
donde jamás despertó promesa alguna.
Yerta su belleza,
como la mala hierba sobre una tumba olvidada.
Marchita, alma y flor.
Ambas, ofrecidas en vano.
La tierra nada guarda para los que el cielo ha desamparado.
Mas he aquí a la niña de las delicias:
cabellos como rayo de sol,
ojos tan azules y hondos como el mismo mar.
¡Espíritu de gozo! ¿Qué haces aquí, bajo estos cielos sombríos?
Tú, que debieras morar en la eterna primavera,
donde el día no conoce ocaso.
¿Por qué, serafín, ha volado tu ala hasta este valle de lágrimas?
—¡Ah! —dice ella— no vengo del cielo,
ni he descendido a mezclarme con las lágrimas.
Mas dulce es el día, aunque entre sombras,

y dulces son los años juveniles, aunque
nublados.
Yo, imagen de la luz y la alegría,
vi al niño enlutado… y me apiadé.
Y juré —si así debía ser—
compartir su tristeza,
y ofrecerle mi dicha como bálsamo.
La noche cae pesada y oscura.
Su espera puede ser larga…
Mas mejor es que el dolor descanse,
y mejor aún para aquel que —como yo—
vela enamorado junto a una frente febril,
refrescando la pena con el perfume de la
compasión.
Segura como el petrel sobre las olas,
segura en la paz dorada de mi alma.
Él ya no está solo:
el ángel de la guarda ha regresado.
No debe temer a la adversidad.
Porque el destino es fuerte…
pero el amor —mi amor— es aún más fuerte,
y más fiel que la vigilancia de los cielos.

***

EL VISIONARIO
de Emily Brontë
*Versión de Gordon McAllister*

Silencio en la casa: todos duermen ya,
sólo uno contempla las coronas de nieve,
vigila cada nube, teme cada soplo
que arremolina el viento y los árboles mueve.

Alegre es el hogar, terso el suelo apagado,
ni un soplo se cuela por puerta o cristal;
la lámpara arde recta, su luz —larga y clara—
se alza como estrella para el errante mortal.

¡Frunce el ceño, mi altivo señor!
¡Reprende, señora, tu gesto severo!
Espíen los siervos, murmuren su horror,
amenacen mi nombre con juicio fiero.

Pero ni el amo ni dama, ni el siervo fisgón,
sabrán quién cruza la nevada inmensidad:
ese ángel que cada noche me visita
desafiando toda humana voluntad.

Lo que amo vendrá con el aliento del aire,
seguro en su vuelo, furtivo en su andar;
y lo que me ama —mi alma lo sabe—
ninguna palabra podrá delatar.

Aunque por la fe pagara con vida,
no traicionaré mi sagrado deber:

¡Brilla, lámpara fiel, tu llama encendida!
¡Silencio! —un ala roza el amanecer...
Es él, el que siempre a mí así retorna;
¡oh, extraño poder! confío en tu aliento.
Tú confía en mí —mi amor nunca duerme—
ni lo vence el miedo, ni lo rinde el tiempo.

***

ÁNIMO
De Emily Brontë
*Versión de Gordon McAllister*

No lloro; no, no he de llorar —nuestra
madre no precisa lágrimas—.
Seca también las tuyas; es vano
llevar este duelo sin causa, por años,
como si la pena fuera altar o destino.
¿Qué importa que su frente esté fría y
ausente,
y que sus dulces ojos jamás se abran ya?
¿Qué si la piedra y el oscuro molde
devoran el cuerpo que fue hogar de su alma?
¿Qué si su mano no acaricia más
los sedosos mechones de tu cabellera?
¿O que su rostro —el faro de tu dolor futuro—
ya no brille en las largas horas de espera?
Recuérdalo bien: *ella no ha muerto.*
Ella nos mira, hermana, ahora, en lo eterno.
Allí yace, donde su alma de ángel voló,
entre el brezo silente y la nieve de invierno.

Y desde ese mundo de luz infinita,
¿no se inclinará cada noche, en secreto,

para guiarnos en la oscura jornada
y velar por nosotras, hasta el último trecho?
Sabes que sí. Puedes llorar porque *nosotras* quedamos
prisioneras aún del dolor y el lamento;
pero no llores porque *ella* no vuelve:
ya no necesita sufrir este mundo de tormento.

***

ESTROFAS

*de Emily Brontë*

*versión de Gordon McAllister*

A menudo reprendido —pero siempre regresando—
a esos sentimientos primeros que en mí nacieron,
abandono la febril carrera por la riqueza
por sueños ociosos de lo que nunca será.

Hoy no buscaré la región sombría;
su vastedad insostenible se torna lúgubre,
y las visiones que emergen, legión tras legión,
traen al mundo irreal demasiado cerca.

Caminaré —pero no sobre huellas heroicas,
ni por senderos de alta moralidad,
ni entre rostros apenas recordados,
las figuras brumosas del tiempo que fue.

Seguiré el camino que dicte mi propia naturaleza;
me hastía someterme a otro guía.
Iré donde pastan los grises rebaños,
en las cañadas heladas,
donde el viento salvaje golpea las laderas desnudas.

¿Qué revelan esas montañas solitarias?
Más gloria y más dolor del que puedo narrar:
la tierra que despierta un alma al sentimiento
puede contener en sí tanto al Cielo como al
Infierno.

***

## ÚLTIMAS PALABRAS DE EMILY BRONTË

*Las siguientes son las últimas líneas que escribió mi hermana Emily:*

Charlotte Brontë

No tengo alma de cobarde,
ni tiemblo ante las tormentas del mundo;
veo brillar las glorias del Cielo,
y la fe resplandece en mí,
vistiéndome contra el miedo.
Oh, Dios, ¡dentro de mi pecho!
Deidad todopoderosa, siempre presente,
vida que en mí descansa
como yo —vida eterna— descanso en ti.
Vanidad son los mil credos
que agitan los corazones de los hombres:
indeciblemente vanos,
tan inútiles como una mala hierba seca,
o la espuma errante sobre el río sin fin,
para despertar duda alguna en quien
se aferra tan firme a tu infinitud,
anclado en la roca eterna de la inmortalidad.
Tu espíritu —amplio amor—
anima los años sin término,

penetra y fecunda las alturas,
transforma, sostiene, disuelve, crea y resucita.
Aunque la tierra y el hombre se deshagan,
y los soles y los mundos dejen de existir,
y Tú permanezcas solo,
toda existencia vivirá en Ti.
No hay lugar para la Muerte,
ni átomo alguno que su poder anule.
Tú… Tú eres el Ser y el Aliento,
y lo que TÚ eres, jamás será destruido.

— O —

# Epílogo
## Un ensayo por Gordon McAllister

### Emily Brontë: La Voz del Viento y la Eternidad

La época victoriana vio nacer una estrella refulgente que marcó un nuevo horizonte nada convencional, una estrella dolorosa, una estrella sentida en el alma, y, quizás, una estrella profundamente hermosa si de belleza pudiera tratarse el dolor de un alma desgarrada, en un paisaje nublado, borrascoso, helado hasta los huesos y en ausencia de algo cálido que acunara su alma…

Tanto la novela *Cumbres Borrascosas* como su poemario, obras estas de Emily Brontë, marcaron un antes y un después en la inmensamente rica literatura británica.

Emily Brontë significó una ruptura contra lo convencional de la era victoriana, una ruptura contra los parámetros normales de la época, un estrellarse contra los amores almibarados y los sentimientos de colores rosa, enmarcados en

salones plagados de gobelinos muy clásicos y muebles tradicionales y conservadores de aquellos ambientes socialmente aceptados por unas élites excesivamente acostumbradas a mantener la voz baja y sostener la discreción ante todo…

Su obra es la irrupción del campo en la literatura, el campo crudo de alta montaña, con el ambiente campesino de las tierras altas y los entornos rústicos de climas helados y ventosos de las cumbres inalcanzables del Yorkshire, barridas por historias que son difíciles de imaginar, a menos que se vivan literalmente como dolorosas ampollas en carne viva…

Emily Brontë se apartó de la falsa moral y el recato propio de su tiempo, rechazando el sentimentalismo lisonjero de la era victoriana, produciendo una obra magistral, agreste, primitiva, brusca y totalmente bucólica, en medio de un contexto triste y sublime, elevada a lo alto de un páramo nebuloso y a riesgo de despeñarse hacia un abismo del alma.

El amor entre Heathcliff y Catherine, así como los de los diferentes protagonistas de sus poemas, no son amores humanos y corrientes; son huracanes tormentosos que se iluminan con

relámpagos de truenos dolorosos que rasgan el alma y la preparan con terribles expiaciones que quizás permiten remediar las deudas de esta vida y lograr llegar a las alturas celestiales ya libres de pecados y condenas.

Las páginas creadas por Emily Brontë nos recuerdan las más sombrías partes de las tragedias griegas, las más crudas de la mitología germánica y la temible cercanía de la parca de la Europa medioeval, con la muerte como promesa libertadora para tanto sufrimiento acumulado y tanta lucha estéril sin lograr un resultado de esperanza.

La obra de Emily Brontë, en principio rechazada por la violencia emocional, la ambigüedad moral y una narrativa considerada compleja para su época, fue posteriormente reconocida en su verdadera dimensión.

Se ha tenido como una obra precursora de la novela psicológica y el existencialismo que florecería en el siglo XX. Posteriormente ha sido considerada una obra maestra salida de los páramos del Yorkshire británico, para convertirse en un referente literario universal vigente en todos los tiempos.

Pero para comprender en su plenitud la esencia de Emily Brontë, no basta con leer su novela. Sus poemas son el espejo íntimo de su alma.

Allí donde la prosa era furia, la poesía es revelación.

Mientras *Cumbres Borrascosas* encarna el viento que arranca los árboles de raíz, sus versos son el eco que se queda resonando en el silencio del campo después de la tormenta.

Ambas obras —la narrativa y la lírica— dialogan en un mismo universo espiritual. Los poemas de Emily Brontë nos hablan de inmortalidad, de soledad elegida, de la unión con la naturaleza, de una fe interior que no necesita de altares.

En ellos vibra una consciencia que no teme a la muerte porque sabe que el alma no muere. Esa misma creencia late en Catherine cuando exclama que *"yo soy Heathcliff"*, como si intuyera que sus destinos están trenzados más allá del cuerpo y del tiempo.

Los escenarios en su obra, representados simbólicamente por los páramos, significan un ámbito de libertad total, de belleza cruel, pero también de aislamiento y recogimiento interior.

Emily creó su obra a partir de la nada, lejos del mundo real, lejos de las gentes y las distracciones mundanas, ahí, en completa soledad, surgió una luz de extrema claridad literaria, logrando manifestar la esencia de un alma solitaria y pura, en contacto con una naturaleza borrascosa, que la conectaba directamente con el reino de lo invisible.

La novela Cumbres Borrascosas en unión con los poemas, conforman un conjunto de expresiones literarias, una en prosa y otra poética. Una es un fuego tormentoso y la otra, una plegaria que surge del mismo dolor del alma. Sin embargo, ambos conforman un atisbo hacia lo trascendente de la vida en camino hacia una dimensión de consciencia inmaterial.

Emily Brontë no escribió mucho, pero lo que dejó es imperecedero. Una novela. Un puñado de poemas. Y, sin embargo, el mundo no ha dejado de leerla, de soñarla, de temblar con ella. Porque en sus palabras —como en el viento que nunca se detiene en los páramos— hay algo que nos sigue llamando. Algo que, quizás, es la eternidad.

Gordon McAllister